

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIA · INVENTO · VIAJE · DEPOR-
TE · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

30 DE ABRIL DE 1924
AÑO V NÚMERO 78



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.ª MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

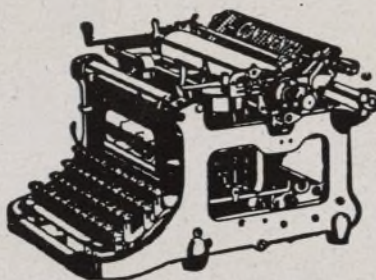
ARMAS Y LETRAS

PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8
TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESSIONA-
R O EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. -:- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina -:- -:- -:- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen ahonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
—:— Y TAMAÑOS —:— —:— nistro de Oficinas —:— —:— Y DETALL —:—

CORREDERA BAJA, NUM. 39 Precios muy económicos — SUCURSAL —
— TELÉFONO, 44-79 M — CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)
PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO

CASA ESPECIAL PARA MILITARES



SASTRERIA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA
Príncipe, 9.-MADRID. - Teléfono
4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLI-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jurele
hace un buen
Caballo
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

• II TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN II •

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes; Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

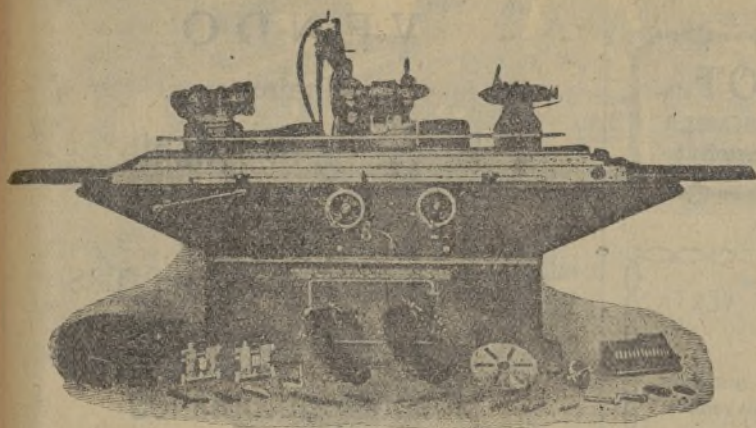
SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Ayuntamiento de Madrid

Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK — Consejo de Ciento, 421 — BARCELONA —

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación
y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES ————— ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

Maquinaria especial para
toda clase de trabajos del
hierro.

Compresores y herra-
mientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de
taladrar.

Aparatos de rectificar,
eléctricos, aplicables a
torno.

Maquinaria de trefilería y
trabajo del alambre.

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 — TELÉFONO 797 — MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinares.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Académi para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Gorert. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26.—Teléfono M 4.205.—MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez. 17.

Teléfono L548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

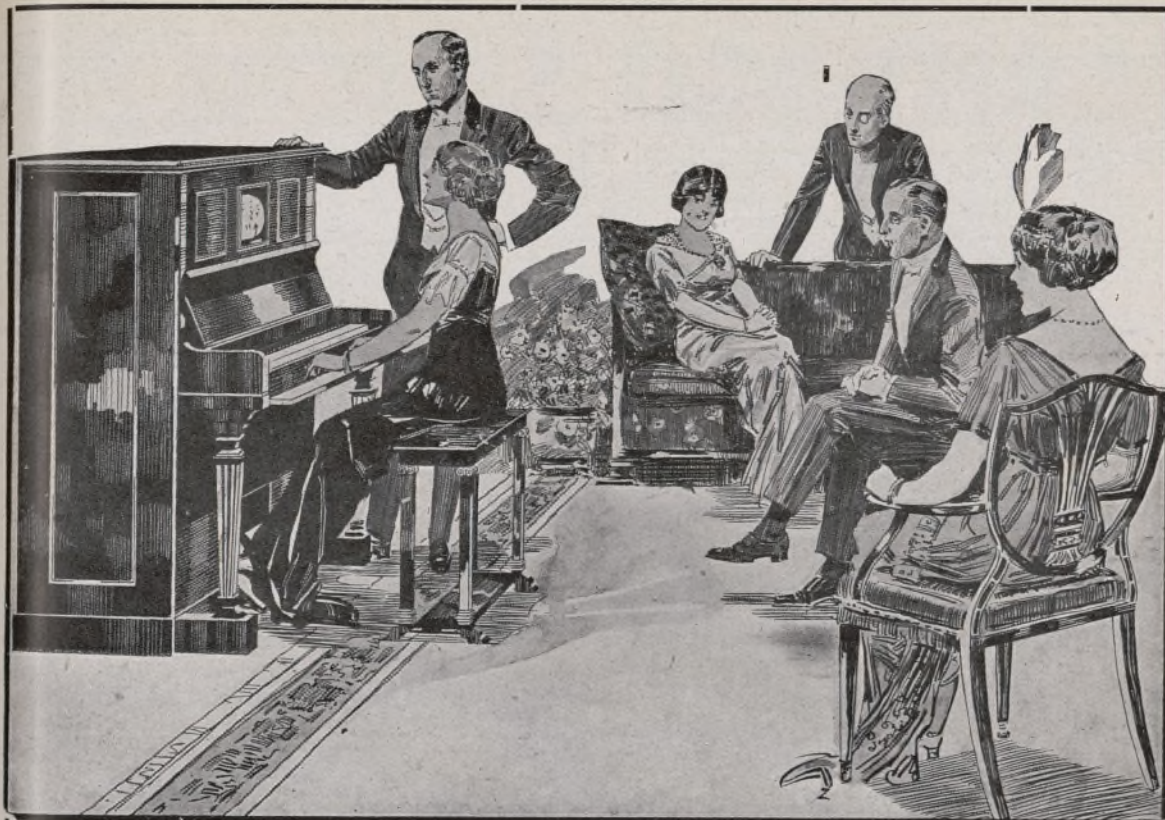
CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El “Pianola-Piano”

es el único instrumento autopianístico* que ha merecido los elogios de
TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL “PIANOLA”-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
 de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

S. A. E.

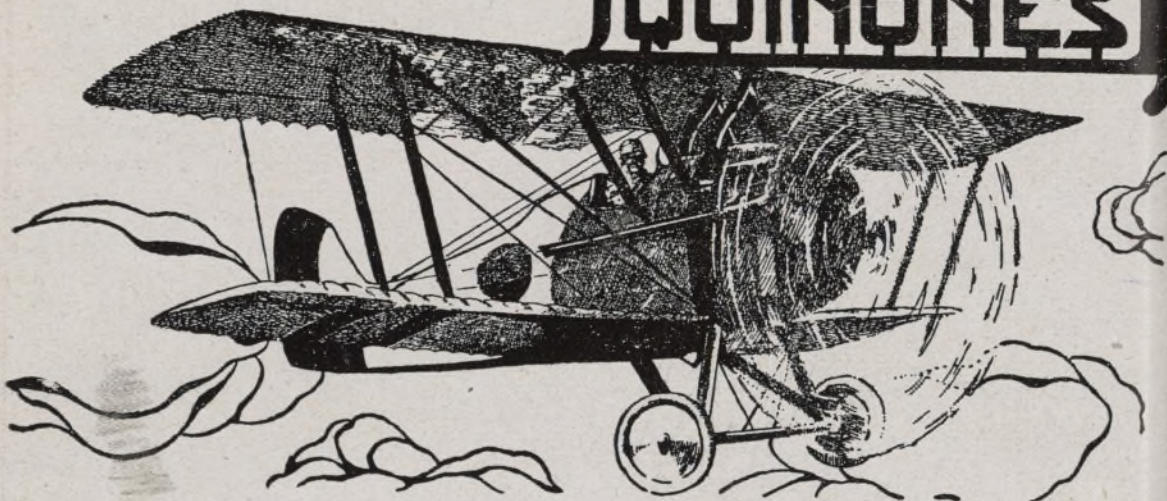
AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

desq
 en la

Ayuntamiento de Madrid

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

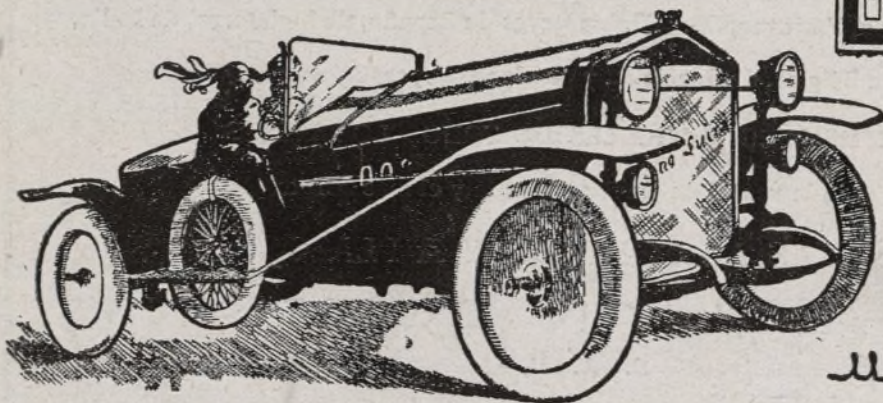
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA :

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châsny



(DIALOGOS MILITARES)
CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido Juanico : m'has hecho cavilar mas que un rato con tóo eso que dices de que si los ojaes tienen qu'estar enfrente de los botones y que denguno los cose ahí... pero, ¿es qu'os vais a meter a sastrucos de portal?... no, hombre, no; dejaros de remiendicos que mas mejor estareis unos y otros con ropa nueva, manque solo sea una zamarra y... mira, las chilabas que veais, duro a sacudilas, que cuando estén limpias como los oros, ya sus diremos si se recosen u se tiran ¿es eso lo que querías icir?... amos, que metío a sastru tu...

Si güelves a icime que las ideicas qu'aquí tenemos, son retrasás, cierro la espita y no hay mas vino ¿estamos? no paece sino que lo que sus salga mal ahí, vamos a tener la culpa musotros ¡reconcho! güeno que pidais hierro, pero, si no le das al macho, panzurrao, poco forjarás; me paece a mí que pasais ya mucho tiempo iciendo que si va a haber u no : sería mejor que dijeseis alguna vez que hubo algo, o yo no entiendo ya las cosas esas.

Ascucha maño; eso de la labia que decía tu agüelica, que no quió faltala ¿estamos? lo tenías mu escondío; ¿no te acuerdas aquella tarde que fuimos con permiso y te tuve que empentar pa que le dijeras ¡truco! a la cocinera aquella desdentá, que tanta gracia le hiciste? anda, que si te cogen estas del boto, pa mí que t'atontolinan y corres mas que un galgo.

¿Sabes qu'han indultao a tóos los prófugos dende hace la mar de años? borrón y cuenta nueva; como si entrasen en quintas agora; el que se quía redemir como endenantes, suelta las perras y tan amigos: ¿que quien ser de cota? lo mismo; que no quien na? pos a coger el chopo y ¡arrea, que es tarde, pal cuartel! ice el secretario que serán algunos cientos y vendrán muchos con toa la barba: entre esos y los pequeñacos, pos, no sé lo que vais a hacer los que seis soldaos del verdá: os tendrán que mandar ca pa casa... ¿tampoco te conformas? así, llevando la contra s'engorda ¿no?

Ya hemos principiao a poner otra vez gobernaores paisanos en algunos puestos: no te soliviantes, que

solo es probatura... ¡ah! y desegüía escomenzaremos a hacer las listas de los que puén votar, hombres y mujeres y muertos y vivos y... no, los muertos, ahora no podrán colase; menuda zapatiesta s'armaría si una viuda viese que venía su marío a quitale el voto.

¿Que dirás qu'ha pasao por allá abajo, aonde viven los andaluces?... casi ná; un monte qu'ha echao a andar p'alante y atropelló casas y olivares y majuelos; mía que si el Moncayo hicía lo mismo con el cierzo y tóo; no te rías, maño, que manque no hubo presonas atropellás, s'han perdío muchos duros: como si lo viera, en cuanto le digas esto al furriel, dirá ¡redeu! es chocante que aixo haya sigut en Andalusle; ¡qué montesitos!

L'otro día, hay que ver lo que inventan los hombres ¿que te paece que vimos? pos, que el presidente del Diretorio, dende su casa, sentadico, estuvo hablando por un telefono que no tié hilos ni postes, con toos los pueblos y ciudades; pero no te vayas a creer que fué como ahí, cuando escomienzan a preguntar si hay noveá, uno dimpués d'otro; no; habló con toos los puestos al mismo tiempo: tié pelendengues la cosa ¿verdá? y mus dijo qu'eramos mu güenos toos los españoles y las españolas y los generales... y que salimos toos entusiasmaos de musotros mismos ¿ahí, no le oiais? ¡si sois mas cepos!

Ice D. Damaso, el notario, que mu pronto habrá elecciones de tóo y que ya s'ha formao un partido que icen de la Union patriotica, de aonde saldrán los deputaos y los otros señorones, pá hacelo tóo, en cuanto que los generales digan ¡ahí queda eso! ¿que si romperemos pucheros dices? tu verás; si antes que las mujeres se quedaban en casa se rompían, agora que bajarán al redondel... las cosicas qu'oírán y cuando tiren por la calle de más de en medio ¡nigocio pá los qu'hacen pucheros!... de los de barro; no te vayas a d'ir por otro lao.

No sé yo esos unioneros lo que serán: aquí en el pueblo, como siempre; a unos les paece mal, a otros pior y a muy poquicos, bien: hay pánico de que resulte como aquel que pa variar la perrera puso a los chuchos otros collares ¿t'acuerdas? ¿no le ician Pero el grullo o era algun pariente?

Como lo hemos de ver pronto ¿pa que quíes cavi-lar? ¿que se ensucia la casa otra vez? con agarrar la escoba, arreglao; a ver si tan y mientras, haceis ahí algo ¡redíela! qu'os vais a poner parejo que to-cinos, con perdon, de gordos: o ¿es que aguardais a que vayan los que endenantes no tenían bastantes rayicas? sois ansiosos de verdá, esos que ícen güe-nos mozos, pero, ya sabes el refran—largo, largo, maldito lo que valgo—no te atufes hombre, que te lo ice tu amigo que sabe lo qu'eres y que lo es — *Pedro*.

¡Chócala, Pedrote! ¡que bien hablao está eso de que no te gustan las cotas y de que siendo toos como hermanos, parejo que iguales! t'has despabilao mucho en el pueblo, maño; a ver si voy yo pronto pa que me pase igual, que güena falta me hace; ¿sabes lo que ícen unos cotas qu'hay aquí en el cam-pamento? que eso de sacales los cuartos y a luego haceles ir a lo peor, no tié mucha gracia; ¿serás capaz de ícir que no hay razón en el dicho? pos si toos estamos conformes, tamién tié redaños que... na, no digo na.

No creas tu que ice mal el maestro, con eso de que pá que los ayuntamientos sean nuevos no hai-ga en ellos denguno que ya estuvo: a mi me paece, en la poca comprenencia que tengo, que si escomen-zais a llamar chuchos de los gastaos, como la liebre ya sabe por aonde puén pasar y por aonde no, la ca-zareis, el día del juicio, una miajica después qu'acabe.

Casi tengo que icite de lo qu'hacemos aquí, lo que ícías tu que pasaba ahí; na; ¿que tiran un día? les contestamos pa que no digan que semos mal edu-caos; ¿que no tiran? ¡quietos! como ice el tiniente Bailez, en la primavera, pacencia y mala intención; aluego, cuando las aguas mil de Abril nos dejen en paz, charraremos too lo qu'haiga falta y un poquitico mas y nos oirán los sordos y toos los que nos tengan qu'oír ¿que t'has fegurao tu? lo menos crees que cuando hay abrojos en el campo se pué correr... ¡güeno!... ya lo sé, que si no hubián salfo...

En cuanto que lleguen los barcos y esos pajarra-cos que ícías... ¿vienen de mu lejos?... verás la que se arma y que poquico va a durar la chapuzá; será como aquello de ¡zas!... ¡zas! y ya no hay donde pegar: ¿me comprendes? por que si nó, pos tiaguan-tas; no se m'ha olvidao lo charrador que eres y ya sabes que en las cosas de la melicia, el que tié el dos, no sabe aonde va el uno.

La otra tarde mus llevaron a ayudar a hacer un camino pa que lleguen las cosas por tierra a esa bar-cazo que ícen —España— que dió un mal paso en la mar de por aquí: esta tierra, como hay Dios que es una gran cosa: ni por el agua pués andar descui-

diao: verás tu, si escomienzan a trompezar los bar-cos que ices van a venir, ¿te enteraste de que en el otro lao, los mojametes atizaron una bomba en el barco de la tierra del furriel y mataron a tres u cuatro?

Oye; m'acuerde yo algunas veces d'aquel crío del señor Tomás, que enseñamos tu y yo a jugar a los bolos y aluego, denguna vez nos dejaba ganar ¿pa-sará lo mismo con estos de las chilabas?... es que pá confiaos nosotros; les icimos toas las cosas y dim-pués, creemos que con la garrota y el no reblar hay bastante, como pasaba hace ya mucho; si no pué ser, señor, las cosas que no puén ser, no son, manque s'emperre quien quiera y aquí...

Aquí, ansina, no se pué seguir; eso de qu'ellos y musotros estemos como los que cazan con trampa, aspera que t'aspera, pá coger un gurrión, no es de hombres, vaya; si tenemos qu'hacer algo, pa luego es tarde ¡reconcho! vamos aonde sea, mirando p'alan-te; ¿que llegamos?... ya estamos allí; ¿que no mus dejan pasar? ¿s'ha visto que no poemas? pues, los hombres que lo son de verdá, lo mismo hacen lo que puén y un poquitico mas, que... ¿pa que te lo voy a ícir, si ya m'has comprendío?

Ícen qu'el otro día, cayó una bomba de las que ti-ran los aroplanos en casa del de la krin y aluego, se mató un tiniente porque las bombas que llevaba se le quemaban y quiso tiralas a la mar: no me gusta a mí, maño, eso de los pajarracos engomaos... es una manera de morir los d'arriba y los d'abajo... antes era otra cosa y con hombres valientes ibas aonde que-rías, pero ahora, ícen algunos que tenemos menos valor ¿es que te sirve de algo tenelo? si estás co-miendo, digo yo por ejemplo, y te sueltan dende arri-ba una pedrá ¿pa que t'ha valío ser valiente?... no quío icite, lo que te diría, porqué... vamos, que no... manque tengas mucha razón al dicir algunas cosas, te salen los que oyen con que si será que t'fies miedo y, no hay otra cosa que rompele la cocota y ya la tienes armá.

No sé yo si en Mayo tendremos aquí feria; pá mí que sí, que l'habrá y güena, de las que s'acuerda uno siempre: a ver si poemas poner los caballitos del tío vivo y el hombre-cañón y la mujer-pájaro y al gachó que se traga las estopas encendías y los sables, en la plaza del pueblecito aquel que tu lla-mabas Ay-que-dir y que creo tién la mar de ganas de fiestas... haremos hasta aquellas encorreduras que ícíamos de moros y cristianos, cuando eramos chi-cos; hay que enseñales como hacemos las ferias, mu-sotros, los civilizaos, ¿no vinimos aquí pa qu'apren-dan? pos a enseñalos y que paguen lo que sea y... es tuyo amigo — *Juanico*.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.



No se dormía con tranquilidad una noche en la plaza fuerte desde que era cosa segura que iban a ser atacados. Y no por un golpe de aventureros que buscaban en la piratería un provecho vergonzoso y arriesgaban la horca ante la perspectiva de mezquino botín, sino por una escuadra de bucaneros, aguerrida, bien tripulada, en cuya proa la bandera de las lises significaba el poderío creciente y sólido de Luis XIV.

La plaza, mal guarnecida y mal artillada, no se encontraba dispuesta a resistir largos e impetuosos asedios. De sorpresa no la cogerían, porque el gobernador, aquel Naharro, a quien los indios habían truncado en un combate la mano derecha, tenía tomadas sus precauciones para no dejarse saltar. La vigilancia era escrupulosa, y ni de día ni de noche se interrumpía. Para dar descanso a los varones que habían de defender la fortaleza, habíanse puesto de acuerdo las mujeres y organizado, entre sí, la guardia nocturna. La esposa del gobernador, doña Teresa de Saavedra, las mandaba. Y algunas veces, al encontrarse rodeada de su singular milicia, se le escapó a la señora decir:

—Para algo más que rondar de noche servimos nos otras. Ya se verá cuando llegue el caso.

Estos conatos de acometividad los reprimía el Manco con un gruñido violento y brusco.

—No buscar tres pies al gato, doña Teresa de mis entrañas... Cosas son éstas de hombres, y vuestra merced me ha salido hombruna... Son hombrunas todas; cada una se cree una Monja Alférez. Vigilen bien, y harto harán con ello.

Mas no fué de noche, sino de día, y muy claro, cuando la enemiga escuadra se dejó ver, formada en orden de batalla, y a poco, una canoa, conduciendo a un parlamentario, vino a atracar al pie del castillo. El Manco dió al mensaje por respuesta cerrada negativa. La fortaleza no se rendía, y podía el señor almirante enemigo intentar tomarla cuando gustase.

Mientras tanto, en la ciudad se encendían los cirios de las iglesias, y el vecindario corría por las calles, más curioso que medroso. Los que eran dueños de un arma, la empuñaban. Muchos escondían precipitadamente los objetos de valor, enterrándolos en ocultos rincones. Las damas de calidad, habituadas por doña Teresa a no permanecer recogidas en sus casas, a tomar parte en la vida ciudadana, se agrupaban por instinto, y hablaban de ir a ofrecerse a

Naharro para coger un mosquete. No se atrevieron por fin, pues sabían el parecer de aquel rudo soldado, y todavía encontraban que había estado condescendiente al permitirles organizarse en ronda... Y con todo eso, ellas sentían un impulso de ayudar a la defensa, un ansia heroica y hasta un afán de sacrificio. Lejos de la gran patria, en aquella plaza española, atacada sin cesar de piratas y acometida de fiebres, el heroísmo era el único sabor fuerte de la vida. El ansia de la emoción les agitaba el pecho bajo el corpiño rígido que la moda del siglo XVII les imponía hasta en aquellas lejanas costas...

Un ruido cavernoso vino a estremecerlas. El cañón de los asaltantes hacía su primer disparo. Ningún daño sufrió la fortaleza. Por ese lado, seguros estaban Naharro y los suyos. Los navíos no podían acercarse tanto que las balas hiciesen estrago en las fortificaciones. Inofensivas, caían al mar, y allí se apagaban con un rugido. Los buques que intentaban acercarse más se veían en riesgo de encallar en la arena. No era así como se tomaría el fuerte. Y el almirante, el famoso Villiers, por sobrenombre *l'Avancé*, bretón de raza y filibustero por vocación, dispuso el desembarco.

—Perderemos mucha gente—declaró a su segundo—, porque estos castellanos tienen el diablo en el cuerpo... Desembarcaremos de noche, atacaremos a la madrugada, y supongo que el asunto se resolverá antes de que la jornada transcurra. Debe de haber en la ciudad oro a puñados, vino español a cientos de barricas y mujeres no feas, si se parecen a la del gobernador, que desde las almenas nos ha saludado con su pañuelo cuando tronó nuestro primer cañonazo sin tocarles. ¡Qué valentona! Ahora a preparar el desembarco y a no olvidar las escalas: que estén bien aseguradas, no se vayan a romper y a soltar racimos de hombres... ¡Bastantes van a dejar aquí sus huesos!

Despuntaba, en efecto, el amanecer cuando los bucaneros llegaron a la callada, bajo los contrafosos del castillo. Los defensores, coronando el reducto, les hacían horrible fuego. Las escalas, sacudidas y zamarreados sus montantes por vigorosos puños, se desplomaban al foso con su carga de gente. Se cumplía el anuncio de Villiers: la acometida costaba cara. Mas eran muy superiores en número aquellos duros bucaneros, indiferentes a la muerte, sedientos de pillaje, y que trepaban por las escalas como gatos mon-

teses enrabiados. Sobre el hacinamiento de cadáveres subía y subía un hormiguero, y al paso que iban ascendiendo, los defensores no retrocedían, pero desaparecían. Nadie puede, después de muerto, resistir. Media hora después, el Manco era prisionero, y doña Teresa lo mismo. El francés, galante, hizo además de besar la mano, negra de pólvora, de la defensora, que le miraba fríamente, con retadora arrogancia.

Antes de que el sol tramontase entre las rojeas del crepúsculo, eran dueños de la ciudad los bucaneros. Rigurosas instrucciones de Villers regularizaron el saqueo, pues estaba habituado a llevar con buen orden estas faenas. No faltó quien le advirtiese de que las riquezas de la ciudad habían sido soterradas sigilosamente por los moradores. El *Avancé* enhiestó la oreja. Hacía falta oro para los gastos de la escuadra, oro para justificar tan atrevida expedición, tanta pérdida de sangre. Y dispuso que se encerrase en la iglesia mayor a las esposas de los más ilustres y ricos. Ellas habían de ser las que denunciasen los escondrijos del oro. Con ellas aprisionó a doña Teresa, la gobernadora. Si no daban razón de los tesoros ocultos, al otro día serían acuchilladas por la soldadesca.

El rebaño, en vez de apelonarse medroso, se presentaba impávido, en actitud de defensa. Las cautivas se comunicaban planes. Sólo una dama, la esposa del corregidor, que no se sabe con qué ruegos o astucias había conseguido que no la separasen de su Gilico, un niño de corta edad, y le tenía abrazado, aconsejaba la sumisión. Doña Teresa, sin hacer caso de las súplicas de la corregidora, iba de grupo en grupo, animando y enfervorizando a su milicia.

—¡Que nos maten si quieren esos facinerosos! ¡Nada han de saber! Mejor fuera que nos hubieran dado un mosquete. Al menos, ¡les venderíamos cara la vida!—protestaba la alguacila, que era una virago y soñaba con la gloria de la famosa Catalina de Erauso, de la cual tantas aventuras se referían en aquella ciudad indiana.

—Muy bien habla vuesa merced, señora Garcí Ramírez—repuso la gobernadora—. ¡Mosquetes! Apenas si alcanzaban para los defensores del fuerte... y alguien lo recogió de un muerto... Siempre hay más hígados que mosquetes por acá.

Algo susurró en voz baja la Garcí Ramírez a doña Teresa... La iglesia tenía una puertecita disimulada, lateral, por donde comunicaba con un patio rodeado de tapia, en el cual existía una especie de garitón cerrado. Pocos sabían su objeto y su utilidad. Mejor informada estaba la alguacila, a la vez sacristana y camarera de la Virgen. Aquella garita era sencillamente un polvorín. Previsto el caso de que los moradores se hiciesen fuertes en la iglesia, se habían depositado en el garitón pólvoras y balas en cantidad suficiente, y un revestimiento de hierro pintado protegía contra la humedad el depósito.

—Yo me encargo del asunto—afirmó la Garcí Ramírez—. Mecha hay en las lámparas. ¡Verán esos ladrones desuellacaras lo que somos las mujeres! Venga, venga ese almirante, que se le hará recibimiento honroso...

Cuchichearon un rato las dos señoras, y poco después se les presentaba Villers en persona, sudoroso y anhelante, fruncido el ceño y gruesa la voz. Véase, sin embargo, que el *Avancé* se hacía violencia, que desempeñaba una función para él repugnante. ¡Mujeres! Y mujeres como aquéllas, ¡que ni aún tenían miedo! Descubriéndose ante doña Teresa, trató de persuadirla. Que dijese dónde se escondía el oro; que lo confesasen, y al punto quedarían en libertad... Si se negaban, muy a pesar suyo... Que pensasen en



sus hijitos, en las criaturas que habían dejado en las casas... El no quería quemar la ciudad, él no quería autorizar el degüello; pero si le obligaban con terquedad censurable... De pronto, su ceño se desfrunció, una luz brilló en sus ojos y, sonriendo, llegó a Gilico, que le miraba con inocente admiración y alargaba las manecillas hacia el puño de la espada del marino. Cariñoso, le pasó la mano por los rubios bucles... Un recuerdo, un parecido, le emocionaban. La madre, instintivamente, lo recogió, lo presentó como implorando... Y la Garcí Ramírez murmuró, hosca y furiosa:

—¡Bien hice yo en no traer el mío! Se pone el corazón como una breva. ¡Ea, vamos a darles el susto a esos tunantes!...

De un altarcillo, la alguacila fué a descolgar una lámpara encendida. La mirada de águila de Villers no perdió tal movimiento. Dió una orden a sus soldados, que tras él se apelotonaban.

—¡Nadie se mueva!... ¡Sujetarme a esa mujer!...

Se precipitaba en la nave el segundo de Villers, enojado. Nadie declaraba un escondrijo. Los bucaneros murmuraban, pedían castigos, crueldades... Aquel saqueo inútil o poco menos les exasperaba.

Y en el templo se oía a la Garci Ramírez votar como un hombre, entre por vidas y pesias, y a la corregidora llorar con sollozos.

—¡Compasión para este niño!—repetía—. ¡Piedad, señor almirante! ¡Es un niño!

Villiers hizo un gesto... Se inclinó, alzó a la criatura, murmuró algo, estrechándola. ¡Otra tan parecida quedaba allá, en San Malo, esperando la vuelta del aventurero!

Y, como forzado, con entrecortada voz, ordenó:

—Salgan estas damas. No se les haga daño ninguno. La gobernadora primero, y al frente. Con los honores de guerra...

EMILIA PARDO BAZAN.

LA CRUZ DE SAN FERNANDO

CURIOSIDADES DE SU HISTORIAL

En la sesión de las Cortes de Cádiz de 27 de enero de 1811, el diputado suplente por Buenos Aires, y teniente coronel de nuestra infantería don Luis de Velasco, presentó un proyecto de reglamento para instituir una orden con objeto de premiar el mérito militar en campaña, titulándola «la espada de San Fernando», y que fué la base para el decreto de 31 de agosto creando la orden nacional de San Fernando que aun subsiste. Por cierto que el diputado que tuvo esta iniciativa es un caso verdaderamente curioso de cómo se hacían las carreras militares en aquella época.

Nacido en 1792 en Charcas (Perú), e hijo de un magistrado de aquella Audiencia española y nieto de un regente del virreinato español, fué hecho subteniente en 1793, es decir, con un año de edad; teniente en 1802, y así hasta teniente coronel en 1811, y con el grado de coronel en 1822.

Según un interesante y documentado artículo—como todos los del notabilísimo escritor profesional y capitán de infantería don Celestino Rey Joli, que publica el *Memorial de Infantería*—, la primera gran cruz de esta orden se le concedió, a raíz de la promulgación, a lord Wellington por los servicios prestados a España en el final de la guerra de nuestra independencia.

De oficiales, fué de los primeros don Hipólito de Silva, teniente de caballería de Almansa, que, acometido en una acción por nueve franceses, mató a cinco e hirió y puso en fuga a los restantes.

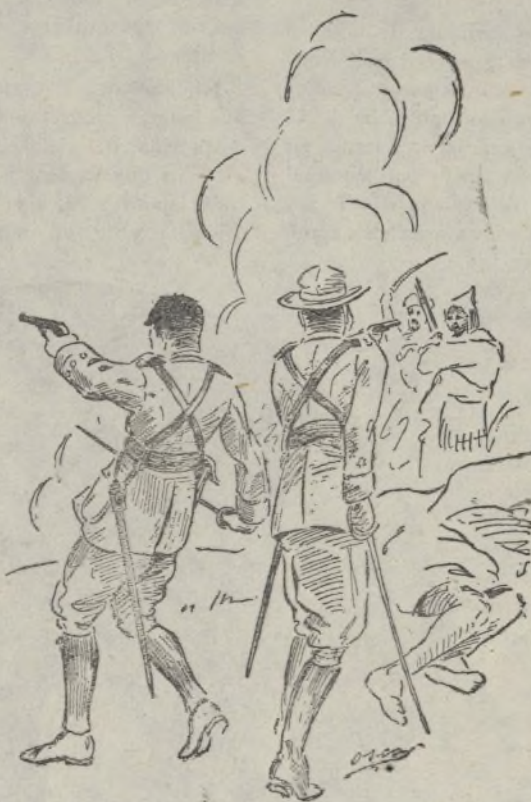
De las primeras concedidas a clases de tropa es la del célebre sargento de caballería, Antonio García *el Inmortal*, que asistió a 37 acciones de guerra y herido 32 veces, en la de la Independencia; hecho en una prisionero, fué mandado fusilar; pero recogido con vida de un montón de cadáveres, curó, presentándose al general Ballesteros, y obtuvo el especialísimo honor de ser recibido por las Cortes en 1813, las que lo ascendieron a oficial y mandaron instruirle el expediente para ingreso en la orden.

En los marinos figura en primer término el capitán de fragata, don Nicolás Otero, que la ganó perdiendo la vida, mandando la goleta *Ave Fénix*, en un combate en el mar de las Antillas contra un buque corsario francés, el 26 de junio de 1811, al norte de la isla de Santo Domingo, habiéndosele dedicado por la Marina una lápida recordatoria en el panteón de marinos ilustres.

De concesiones colectivas figura también de las primeras la concedida en la última guerra de Cuba al segundo teniente don Venancio Méndez Ortiz y sargento de la Guardia civil don Manuel Domínguez Garrido y 13 guardias civiles por la heroica y

notable defensa del destacamento del Ramblazo en 1895.

Los Cuerpos y unidades de tropa que actualmente tienen sus banderas condecoradas con las corbatas de San Fernando, suman 36 entre todas las Armas y Cuerpos del Ejército y Marina.





CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

CACO DOCTOR

POR YOSHIVARA



Antiguos camaradas de la Legión durante la guerra, compañeros después en los fáciles y poco aprensivos negocios cimentados sobre las ruinas maltrechas y los despojos de la retirada alemana, buscadores de toda cómoda ganancia en cualquier industria, no tardaron en reconocerse física y moralmente cuando el azar los puso de nuevo frente a frente en el andén del apeadero de Gracia.

Mejor trajeado Springer el suizo, más fuerte en apariencia Alaes el brasileño, los dos tenían el sello cosmopolita y desvaído de los parias; en los ojos escrutadores a ratos y a ratos indiferentes, en la vaguedad de sus contornos durante la marcha, en el pisar confiados, como si las calles de todas las ciudades no guardaran un secreto, una sorpresa, ni una curiosidad para sus espíritus gastados y amorales.

Cualquier polizón los clasificaría al momento entre los indeseables, y cualquier artesano, en el umbral de cuya puerta se presentarían en demanda de trabajo, rehusaría admitirlos.

Pero el mundo no está sólo formado de policías y artesanos meticulosos. Por eso Springer pudo contar a su amigo que tras de las últimas empresas realizadas en comandita con la ocasión propicia de la repatriación americana, en la que comerciaron en chucherías francesas y vendieron luego por los pueblos ya optimistas y alegres de la Francia triunfante, partidas adquiridas de los *stocks* americanos, como la vida se había puesto difícil en la caballería truhanesca, y hubo de correr los pueblos con otros de su jaez, explotando una literatura bárbara, remedo de la ingenua y patriótica de las trincheras, pero llena de pormenores y escenas macabras, llevando, en fin, desde Bordeaux a la Costa Azul, y luego a Saboya y Suiza, absurdas imágenes de la gran tragedia.

Y así también contó su intento de pasar a la Rusia de los soviets, sin lograrlo, y al Austria hambrienta, para contrabandear como se pudiese, siempre rozando el Código o isoteándolo con fortuna, y tan cerca del hambre como del encierro.

También Alaes había hecho su camino por senderos parecidos pasando a Portugal, donde se mezcló en toda clase de algaradas, y en Italia, cuando confió en un río revuelto producido por el fascismo en los primeros tiempos.

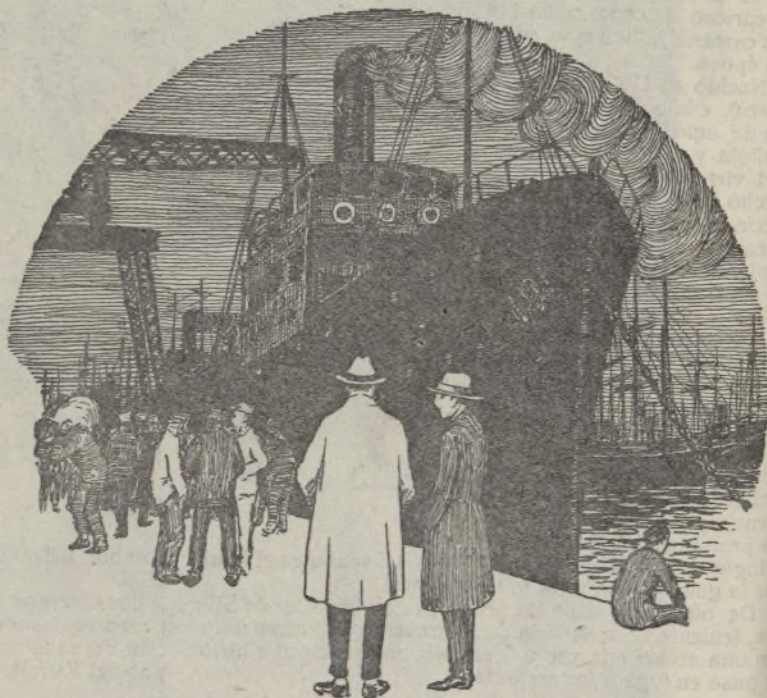
Y recordaron los días de más fácil vida maleante, pero callaron, desconfiados, la común idea que les había traído a Barcelona cuando, uno desde Suiza y desde Italia otro, soñaron con capitanear una banda de pistoleros del sindicalismo obrerista o patronal.

Sólo que los cambios políticos de los últimos tiempos habían echado por tierra sus proyectos cuando apenas habían logrado conocer alguno de los lugares en que se planeaban los golpes.

Y charlando, charlando, descendían por la calzada de las Ramblas, camino del puerto, al que un instinto de inquietud, de previsión, de rara atracción hacia los senderos incontables del mar, lleva a contemplarlo a todos los parias sin hogar de los grandes puertos.

Springer y Alaes, sin previo acuerdo, maquinalmente, como obedeciendo a la pesantez física y a esa otra pesantez moral, que era la atracción del mar, caminaron juntos hacia los muelles, donde era extraño no se hubieran encontrado en los días anteriores, en que tantas veces los habían visitado aisladamente.

Hilvanaban en tanto proyectos, los quiméricos y alucinantes proyectos de los pillos un poco aburridos de la vida, del vicio y hasta de sí mismos. Proyectos canallas que ya tenían, sin embargo, un fin cada vez más lejano y más soñado: el de retirarse del «negocio» y vivir con una sencilla aldeana de quién su-



piese qué país, gracias a un puñado de billetes arrancados a la vida, exponiendo la suya si era preciso para lograrlo.

—Nada, no es nada importante. Hagan el favor de retirarse. Ha sido una falsa alarma, que terminó en comedia. Circulen, señores.

El guardia se esforzaba inútilmente en despejar la muchedumbre aglomerada en la calle de Fernando, de paso que su compañero hacía señas a un taxi, donde poco después se alejaban un respetable caballero de alguna edad y porte irreprochable y su al parecer criado, no menos bien portado como tal. Este, un poco sofocado y confuso al sentirse, con su amo, objeto de la pública curiosidad.

Pero «Epsilon», el inteligente y activo repórter de la más acreditada agencia periodística, llegado momentos antes al lugar del suceso, no podía conformarse con la vanal explicación del guardia. Entró decidido en la joyería, sacó las cuartillas, se dio a conocer y comenzó a llenarlas de nerviosos rasgos taquígraficos.

—Verá usted: ha sido una cosa de lo más alarmante al parecer y de lo más cómico, sin embargo. Fíjese que entró un señor casi anciano (ese que vió usted montar en el taxi) preguntando por joyas, y, dado su porte y edad, así como el género de joyas que pedía, no tardé en comprender que se trataba de hacer un regalo a una amiguita. Usted ya me entiende; cosa de viejos verdes. Saqué lo que suponía más apropiado. Véalo; es un magnífico solitario, capaz de hacer la fortuna de un conquistador. Pidió, siempre con su acento extranjero, otras cosas: pendientes, pulseras, algo, como él decía, que deslumbrase también por su tamaño, porque, insistió, las chicas del tablado quieren cosas que se vean bien desde los palcos.

Y cuál no sería mi sorpresa y la del principal, que nos miraba desde la caja, cuando, al tratar de retirar algunas joyas hacia un lado y extender otras, cae el estuche del solitario, se abre y aparece vacío.

Notó el principal mi azoramiento; se acerca rápidamente, pregunta un poco violento al comprador, vacila éste como si perdiera el conocimiento, y por la puerta aparece otro hombre fuerte y resuelto, que mi principal, temiéndolo todo, contiene a los pocos pasos con el revólver.

«Mi amo es un enfermo, señores. Se trata de un cliptómano; en el bolsillo lleva los documentos que acreditan su personalidad y su dolencia. Es el padre político de un cónsul; sosténganlo, que puede darle un acceso nervioso.»

Algo asombrados mi principal y yo, hicimos indicación al criado, siempre encañonado por el revólver, porque estos tiempos enseñan mucho, para que sostuviera a su amo, cada vez más agobiado en la silla, donde, más que sentarse, se había desplomado, y que justificase lo dicho. En efecto, señor; yo mismo los



he leído, mientras mi principal lo seguía observando y tocaba el timbre de alarma que nos enlaza con el puesto próximo de vigilancia. Los documentos aparecían en regla, y los más interesantes eran unos certificados con las firmas de conocidísimos doctores barceloneses, en que se acreditaba que el señor aquel extranjero padecía cliptomanía.

¿Qué hacer? En presencia de los guardias, el criado, muy correcto y también con acento extranjero, después de registrar superficialmente a su amo, presentó el solitario, que extrajo de bajo la solapa, donde, por una maniobra tan hábil como imprevista, había sido oculto y se sostenía maravillosamente por la rigidez de la prenda.

Ofreció el criado (el caballero parecía alelado por lo acaecido) una indemnización por el suceso, pagó la joya que el anciano había elegido, una preciosa pulserita como esa del escaparate, de poco valor y mucha vista, y, deshaciéndose en excusas, de paso que prometía la visita del hijo político del señor que acompañaba (el cónsul), salió con el anciano cuando usted entraba.

Alaés y Springer, un poco inquietos, algo nerviosos, no por el peligro, mínimo y despreciable junto a los muchos vividos en otras ocasiones, sino temiendo el fracaso del sistema, que era ya, según los éxitos hasta entonces logrados, infalible, se apearon del taxi en la Avenida del Tibidabo, cerca de la cual tenían alquilado su pequeño hotelito, penetraron en éste, asombrando con su prisa a Nelly y Margot, y sólo cuando, convencidos de no haber sido perseguidos y sentados en torno de las botellas servidas por las muchachas, comprendieron lo infundado de sus temores, sacó Alaés una pulserita y les dijo riendo, y contagiando la risa a los demás, que burlábanse ya

más de sus temores, algo infantiles en tales gentes:

—Tomadla, ésta es para vosotras; llevadla, si queréis, por turno; es la primera que ha costado el dinero de las traídas en seis meses; ésa la podéis lucir sin miedo a la «Polio».

—¿Habéis tenido algún tropiezo?

—Ya no; ahora al revés: debemos estar contentos; nunca pudimos tener tanta confianza en el truco. Era preciso esto para darle a Springer la alternativa, como dicen aquí, de «As» en trucos finos.

Y les contó lo ocurrido en la calle de Fernando a Springer, maravillosamente caracterizado de viejo respetable, que era como en todas partes se presentaba,

y a él, mismo, no menos pulcramente personificando el más correcto criado de casa grande.

Y terminaron el relato, brindando alegres y retadores:

—¡¡ Por nuestros próximos triunfos en Madrid y Lisboa!!

—¡¡ Por la neurasténica señoritinga que en la tienda de la Rambla os enseñó el camino del éxito con su «pillomanía» divertida!!

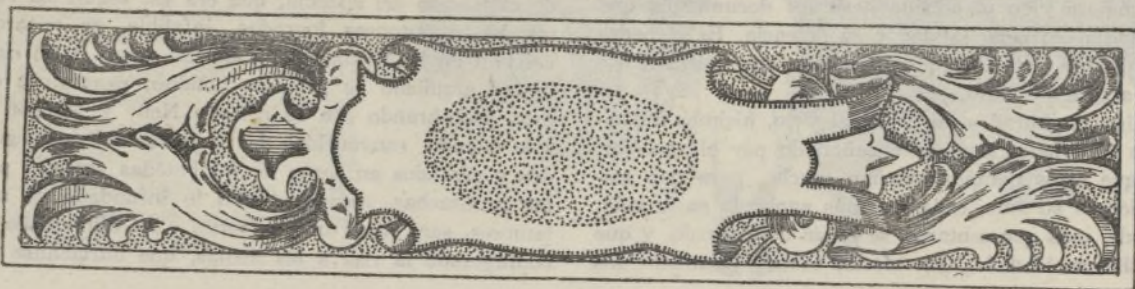
—¡¡ Por vuestra salud, chiquillas encantadoras, que trajisteis la alegría, el placer y el dinero lindamente sacado a vuestros amigos, al más original «dueto» del hampa grande!!

EL OCIO FECUNDO

Ocio no es vagancia, ni menos extravagancia. Ocio es concentración. Concentración es lo opuesto a evaporación. Evaporación es la exclavitud a los requerimientos externos, momentáneos, de ambiente. Ya «Clarín» señaló que el vulgo acostumbra llamar distraído al hombre más atento, esto es, al que está concentrado en sí mismo. Y hace muchos años, en una de mis primeras obras, con una pequeña variante de la observación de «Clarín», escribí, viviendo en Inglaterra, que los ingleses pasan por extravagantes precisamente porque nunca extravagan, antes bien, se conducen atentos a su norma íntima o inclinación, sin cuidarse del efecto que producen. Don Miguel de Unamuno, con iteración, característica suya, ha desarrollado el retruécano—de palabras y conceptos—que resulta de intravagar y extravagar. Lo probable es que muchos, espontáneamente, hayan percibido las antinomias del «distraído», que es a quien nadie ni nada le distrae de sus pesamientos, y del «extravagante», que el que no vaga extra de sí propio.

Ocio fecundo = concentración; actividad absorbente y tensa. Por encargo del duque de Millán pintó Leonardo «La cena» en el refectorio de la Cartuja. No faltaba sino la cabeza de Judas. Pasaron tres meses. Llegaba Leonardo todos los días al convento; encaramábase al andamio; contemplaba el fresco por dos o tres horas, cruzado de brazos; íbase sin dar pincelada. Quejóse el prior al duque. Replicó Leonardo: «Asegura el prior que no trabajo en la cabeza de Judas. Tres meses llevo trabajando en ella sin acertar con lo que quiero. Si yo fuera artista holgazán y ligero me hubiera conformado con copiar la cabeza del prior, que la tiene del más redomado galopín que en mi vida he visto».

Pensemos en Newton, tumbado al pie de un árbol, ocioso, reconcentrado. Cae una manzana, pero no cae al suelo; cae a plomo en el centro insondable del espíritu de Newton como atraída por una gravitación evidente; y Newton «ve» la ley de la gravitación universal. Esto podrá ser una leyenda, pero esta leyenda es un símbolo.



DEPORTES DE INVIERNO



El conocido deportista Jacques Montañe ha publicado un tratado en el cual da excelentes instrucciones a los aficionados al *ski*. Para cuantos sienten afición por este deporte resultan sumamente útiles estos consejos, por medio de los cuales se les hará más fácil salvar los inconvenientes que ofrecen las estaciones invernales, donde se practican el *ski* y el patín.

He aquí algunas de las instrucciones, que, indudablemente, habrán de interesar a nuestros lectores aficionados a los deportes de invierno.

Instrucciones acerca de la indumentaria.

El traje para practicar los deportes sobre nieve debe reunir ciertas cualidades de abrigo, comodidad y flexibilidad.

La ropa interior se compone de tejidos de lana (franela o de punto). Los vestidos de paño, más bien lisos y, si es posible, impermeables, son los que convienen más. Los profesionales del *skieurs* elegirán con preferencia el calzón cerrado a la rodilla, sobre el cual las señoras llevarán una falda corta.

A falta de jersey adoptarán un chaquetón que cierre perfectamente en el cuello y en las mangas. Todos los bolsillos deben abotonarse, porque si se produce una caída, es difícil encontrar un objeto en la nieve. Los vestidos de cuero y forrados de lana son excelentes para los grandes fríos, aunque conservan demasiado el calor.

La mejor prenda para la cabeza es el gorro, cayendo sobre el rostro y el cuello; o la gorra de lana, con orejeras que puedan abrocharse bajo la barba; y también la boina.

Las manos deben estar protegidas por gruesos guantes de lana, bastante largos para cubrir el bajo de las mangas, a las cuales se les fijará por medio de un imperdible.

El calcetín debe ser de lana o algodón, que se llevará con una pantorrillera de lana, es decir, con una media sin talón, que es preferible a la media de lana completa.

Las polainas, así como las bandas de las piernas, impiden que la nieve penetre en el calzado. No se puede, con preferencia, aconsejar las unas sobre las otras; es cuestión de gusto y de costumbre. El solo inconveniente de las bandas es de aflojarse fácilmente.

El calzado es la parte más interesante de la indumentaria. Debe ser impermeable, caliente, de trenillas o cordones, de ancha y doble suela flexible y sin clavos. El tobillo y punta de pie han de ser cómodos, así como los dedos deberán estar holgados. En cuanto al tacón, lo mejor es que sea ancho y bajo.

Debe procurarse que las correas de los *skis* no entorpezcan la circulación de la sangre, de lo cual los deportistas no suelen percatarse hasta demasiado tarde.

Cómo se construyen los skis.

Para construir unos *skis* se necesitan las siguientes herramientas: una sierra, un cepillo, una tabla y unas tijeras.

El aparato para cimbrar consiste en dos tableros, birretas y tornillos de apriete. Su precio es insignificante.



El salto en *ski* es la experiencia más impresionante entre los sports de invierno. Llega a veces a alturas de 40 a 45 metros; depende todo del trampolín de salida.

ficante; y como no se cansa por el uso, puede servir indefinidamente.

La madera más recomendada es el fresno. Se puede también emplear la acacia, el álamo blanco y el pino. Cualquiera que sea la madera que se emplee, ha de ser de calidad superior y muy seca.

Una vez la tabla recortada según la plantilla, se la sumerge durante cuarenta y ocho horas en agua fría, y después, por dos veces durante una media hora, en agua hirviendo. Una vez dado el segundo baño, la tabla estará dispuesta a ser colocada en el aparato para cimbrarla.

Los lados del molde u horma están constituidos por dos maderos, donde están ahuecadas muescas. Se acoplan estos maderos, se colocan las birretas necesarias para unirlos sin alterar su posición en la horma; y luego, la tabla, recortada y empapada como se ha indicado, se coloca en el molde, donde las birretas la mantienen. Queda así durante tres o cuatro días, en sitio lo más aireado que sea posible. Al retirarla del aparato de cimbrado, deberá secarse aún durante tres semanas en un lugar igualmente muy aireado.

La largura de la tabla para fabricar *skis* debe ser de dos metros y medio sobre treinta centímetros de ancho. El *ski* largo es el más ventajoso, porque en la marcha facilita el equilibrio del cuerpo y además se hunde menos profundamente en la nieve pulverizada y hace más fácil el paso en los frecuentes accidentes del terreno. Pero el *skieur* debe tener en cuenta, sin embargo, su estatura y su peso. Una regla, que no es infalible, establece que la largura del *ski* debe ser igual a la altura del *skieur* con el brazo levantado y la mano abierta. Si se excede del peso normal y si hay una tendencia a la obesidad, se deberá aumentar ligeramente el largo ordinario.

El peso del *ski* estará en relación con su largo; pero, sobre todo para los principiantes, será bueno no adoptar *skis* demasiado pesados.

Para darse cuenta del buen o mal equilibrio de los patines, se coge el estribo entre el pulgar y el índice: la punta del *ski* se inclinará entonces hacia el suelo si está bien equilibrado.

La anchura de los *skis* será de siete a ocho centímetros por el medio, de ocho a nueve centímetros por el talón y de nueve a diez centímetros por la punta de la espátula.

Su grueso será de dos y medio a tres centímetros por el medio y de un centímetro en los extremos.

El levantamiento de la punta por encima de la horizontal, para una base de treinta a cuarenta centímetros, será de quince a veinte centímetros.

Otro punto interesante es el de la fijación del *ski*. Se hace en la muesca o entalladura rectangular que atraviesa el *ski*; pero no hay un sistema de atadura perfecto.

La fijación debe, en efecto, asegurar una movilidad perfecta del pie en el sentido vertical y suprimir su juego en el sentido lateral para poder dejar el calzado fácilmente en caso de caída peligrosa.

Principios elementales del ski.

Muchos turistas que no van a pasar más que algunos días en una estación de invierno, vacilan en ejercitarse en marchar sobre los *skis*. Todo está en ensayar.

El primer día, no debe asustar caer frecuentemente: es como entra el oficio. No hay que resistirse a la posibilidad de la caída, pues si no se conserva una rigidez perjudicial. Es preciso ser ligero, muy ligero, sobre todo en las caderas, puesto que por ellas se desplaza el peso del cuerpo a derecha o a izquierda, hacia adelante o hacia atrás, y se restablece el equilibrio. Así, desde que os hayáis decidido a ir a la montaña no vaciléis en principiar el entrenamiento en vuestro propio domicilio por una cultura física apropiada. En el momento de levantaros y antes de acostaros haced gimnasia de flexión de caderas y tronco, así como también debe ejercitarse mucho la elasticidad de las rodillas, puesto que son el resorte del cuerpo.

Una vez en la montaña y calzados los *skis*, deberéis tener la precaución de proveeros de dos palos de bambú ligeros y cortos, en cuya extremidad inferior esté una especie de tope que les impida hundirse demasiado en la nieve.

Para marchar sobre la nieve, inclinad el cuerpo fuertemente hacia adelante, plegad las rodillas y conservad los *skis* paralelos, el uno más avanzado que el otro. No levantéis los pies, sinó deslizáos conservando los *skis* muy aproximado el uno del otro. Avanzando el pie derecho, llevad el peso del cuerpo sobre el *ski* izquierdo, y al contrario si el peso del cuerpo descansa sobre el pie derecho. Avanzad el *ski* izquierdo, y así sucesivamente. Al mismo tiempo que el pie, llevad hacia adelante el brazo y el palo correspondiente.

Si sobreviene una pendiente, no perded la serenidad. En las pendientes es donde se siente mejor el encanto del *ski*. Colocad un pie a la mitad del largo delante del otro y mantened el *ski* cerrado el uno contra el otro para tener más estabilidad. Avanzad aún un poco más el *ski* anterior para atravesar pequeños valles. Cuando los *skis* tienen tendencia a separarse, apretad fuerte las rodillas la una contra la otra. Si se va con demasiada velocidad, no os inclinéis hacia atrás.

En la caída no sabréis cómo levantaros. No tenéis nada más que girar hacia un costado y volveros hacia la dirección de la pendiente, los *skis* hacia abajo. En seguida os encogeréis, plegando las rodillas hacia el pecho, y de este modo os será fácil poneros en pie.

Nociones de patinaje.

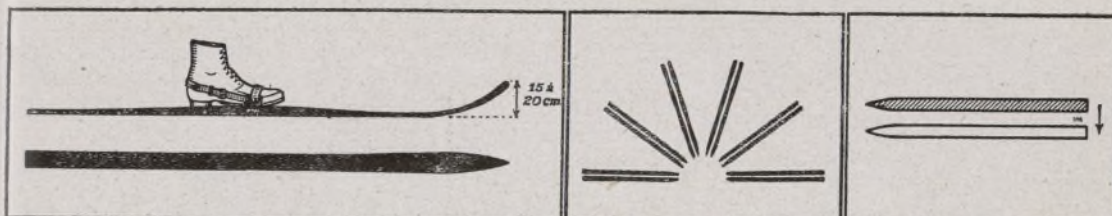
El patinaje sobre hielo no es un *sport* especial de invierno. En toda ciudad, cuando el hielo lo permite, se practica sobre los lagos o sobre los arroyos.

No daremos consejos sobre la manera de fabricar

patines. Tal tarea estaría por encima de los medios técnicos y materiales de la mayoría, y, en todo caso, resultaría más caro que la compra de un par de patines ordinarios.

El calzado debe ser fuerte, sin costura en el sitio donde lleva el esfuerzo, principalmente al lomo del talón. No es necesario que ciña. El patín debe ser

Para patinar hacia atrás, es necesario inclinar el cuerpo para adelante y apoyar ligeramente hacia fuera con el uno y otro pie, alternativamente. Resulta de ello un movimiento de retroceso continuo y un trazado de dobles curvas. Es necesario evitar detenerse hundiendo el talón en el hielo; como debe hacerse es retirando los dos talones y aproximando las



La plancha del ski debe ser flexible, sólida y ligera. Casi al centro la tableta de madera es mas gruesa. Las extremidades se adelgazan hasta no tener mas que un centímetro. Por delante están débilmente recurvadas.

El viraje en plano se hace sea describiendo un arco de círculo o retirando y aproximando las puntas del ski.

Media vuelta a izquierda. El ski derecho (rayado) se encuentra en alto: Es sobre el que debe descansar siempre, el peso del cuerpo.

atornillado y no fijado por otros procedimientos. Los patines atornillados necesitan calzados especiales.

El cuerpo debe estar derecho, pero no echado hacia atrás. Los brazos caerán naturalmente, sin demasiada rigidez; los codos, mantenidos cerca del cuerpo, contribuirán por sus movimientos moderados al cumplimiento de ciertos traslados; la pierna no ocupada se colocará ligeramente detrás de la otra, la punta del patín dirigida hacia fuera.

Para patinar hacia adelante, se lleva el peso del cuerpo completamente sobre una pierna y se empuja con el otro pie. El principiante obrará prudentemente inclinando un poco el cuerpo hacia adelante, a fin de evitar las caídas de espaldas. Los brazos deben estar dispuestos a restablecer el equilibrio o para amortiguar una caída. Deben acostumbrarse a dar alternativamente el impulso con cada pie.

puntas, o formando con uno de los dos patines un ángulo recto con la dirección seguida, llevándole hacia adelante, o, lo que es mejor, hacia atrás.

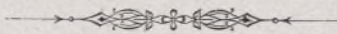
Tales son las instrucciones para practicar el deporte de ski y de patines. La autoridad de quien las dicta nos induce a creer que serán atendidas y servirán eficazísimamente a los deportistas. El ski y el patín, especialmente el primero, ha tomado gran incremento en España, sobre todo en Madrid, por las condiciones de la Naturaleza. La sierra de Guadarrama, donde el Club Alpino tiene instalada una magnífica residencia, ha despertado la afición hacia este saludable y hermoso deporte de invierno.



Media vuelta a la izquierda. El ski izquierdo es bruscamente levantado en el aire y desprendido de la nieve.

En un solo impulso el ski izquierdo se coloca en sentido inverso, paralelo al pie derecho. El movimiento debe ser muy rápidamente hecho.

El ski derecho es vuelto a traer por un movimiento semejante al lado y por debajo del pie izquierdo. La flecha indica el sentido de la inclinación.





CARTAGENA.—Los marineros norteamericanos del acorazado "Pittsburgo" en el momento de colocar una hermosa corona en el monumento de los héroes de Santiago de Cuba y Cavite.—M. Clemaut, comandante del acorazado norteamericano "Pittsburgo", y el segundo del buque, traduciendo al español el discurso pronunciado por dicho comandante ante el monumento de los héroes.



La escuadra del Almirante Montojo: de izquierda a derecha los buques Duero, Uloa, Cristina, Castilla, Luzón, Raleigh, Boston, Baltimore y Olimpia.

Posesionados los americanos de Manila, unos meses después decía, comentando este combate, un periódico de aquella capital, editado en inglés:

«No sabemos si el aceptar combate la escuadra española, con sus barcos de madera y anticuada artillería, ante los modernos cruceros de Dewey, con nu-

merosa artillería de fuego rápido, se debe considerar como heroísmo o demencia. Los españoles, conocedores de los barcos enemigos, sabían de antemano que iban al sacrificio estéril, ya que sólo podían aspirar a morir con honra y por el honor de su país.



Las razas humanas y la fauna prehistórica

En el Museo de Historia Natural de Nueva York, que es una de las más poderosas instituciones del mundo, se acaba de instalar una galería de la Edad del hombre, donde se han reunido todas las piezas anatómicas relativas a las razas humanas prehistóricas, piezas descubiertas desde la mitad del siglo último hasta nuestros días.

Ha sido completada la colección por pinturas murales, donde Carlos Knight, pintor de animales y antropologista de alta reputación, ha reconstituido la vida de nuestros antepasados y la gran fauna que vivió en aquella época. Esta exposición, fruto de veinticinco años de estudios, de buscas y exploraciones, corona los esfuerzos de su inspirador y organizador, Henry Fairfield Osborn, presidente del museo americano.

Numerosos trabajos han dado a este sabio una reputación universal. La paleontología le debe la descripción y reconstitución de numerosos fósiles. Entre sus obras más recientes se puede mencionar su notable estudio sobre los *Hombres de la edad de piedra tallada*.

En un interesantísimo trabajo ha presentado el sabio profesor y descrito la nueva galería del museo de Nueva York. De él se escogen los siguientes párrafos, que son curiosísimos y completamente originales:

«Es en Asia, en regiones hasta ahora sin explorar por la Paleontología, donde es preciso colocar la cuna

de la raza humana. Si los fósiles humanos y prehumanos son raros, ha sido por el hecho cierto de que los antepasados del hombre han vivido en regiones selváticas. No significa esto que fueran arborícolas; su existencia se desarrollaba casi exclusivamente sobre el suelo.

»Y cuando ellos se alejaban de sus selvas no se dejaban sorprender por las inundaciones y las tempestades de arena, que enterraban animales tan ágiles como los caballos. Esto explica el porqué los restos fósiles del hombre han sido excesivamente raros en las edades que precedieron a la costumbre de los enterramientos. De hecho, los aluviones y los bancos de grava no han hecho conocer aún, de una manera cierta, más que la existencia de dos de sus razas: las de Heidelberg y la de Piltoun, que precedieron a la adopción de esta costumbre.»

Abordando el problema de la evolución humana, Henry F. Osborn expone su opinión en estos términos:

«La evolución del hombre fué paralela a la de los otros primates. Tiene detrás de él una larga línea de antepasados que no tienen nada de común con los antropoideos, línea que se extiende en un espacio de dos millones de años y quizá más. No descende de ninguna forma simiesca conocida, que haya aparecido en especies vivientes o fósiles. Es cierto que se ha descubierto en el terreno oligoceno de Egipto sep-



El estío en el Missouri: Mastodontes, Bisontes reales y Caballos salvajes, al Sur de la laguna de hielo

nado este grabado preparatorio, aplica sus colores. Un ayuda muele un colorante entre dos piedras. Un jefe sigue con interés los progresos de la obra. Está vestido con pieles elegantemente cortadas—el arte del sastre acaba de nacer—y está apoyado en una larga caña, como bastón de mando, insignia de su rango. Los artistas se han despojado de sus pieles para trabajar más desembarazadamente. Se ve en esta pintura la alta y esbelta estatura de los Cro-Magnons y el contraste anatómico con los Neanderthals, representados en un fresco vecino.

Los Cro-Magnons fueron desposeídos de una gran parte de su dominio por otras razas que invadieron la Europa occidental; pero lograron mantener su existencia y la pureza de su sangre.

En nuestros días se encuentran índices cefálicos de éstos (que son muy característicos) entre habitantes de la Dordogne; en las Landes y otros puntos. Se ha demostrado también que los habitantes de las islas Canarias, los *guanches*, poseen esos mismos índices cefálicos, así como la alta y bella estatura de los Cro-Magnons.

* * *

La galería de la Edad del hombre encierra también cuatro colecciones de fósiles y reconstituciones de pinturas murales encontradas en cuevas habitadas por las primeras razas, en que se ven grabados los animales que vivieron con el hombre en aquella época, tales como el reno, el caballo, el buey salvaje y el mammoth. La colección relativa a este último es la más importante de las que se han reunido: comprende tantos esqueletos como puedan tener todos los mu-

seos del mundo reunidos. Las principales pinturas murales representan las cuatro estaciones del año en el hemisferio septentrional hacia el final de la época glacial, es decir, en la época en que los Cro-Magnons desarrollaron su civilización y los glaciales de los Alpes y los Pirineos tenían toda su máxima extensión.

El primer cuadro es una visión de invierno en el Norte de Francia: la vasta llanura, cubierta de una nube espesa, está ocupada por rinocerontes y mammoths lanudos y antílopes.

El segundo cuadro reconstituye *La primavera en las orillas de la Somme*. Rebaños de renos y mammoths lanudos, huyendo de la vuelta del calor, remontan hacia el Norte.

El tercero lo forma *El estío en el Missouri*. La manera en que están pintados los mastodontes pone en relieve sus principales características. En el centro de este cuadro se ve el bisonte real, de dimensiones gigantescas como el mastodonte.

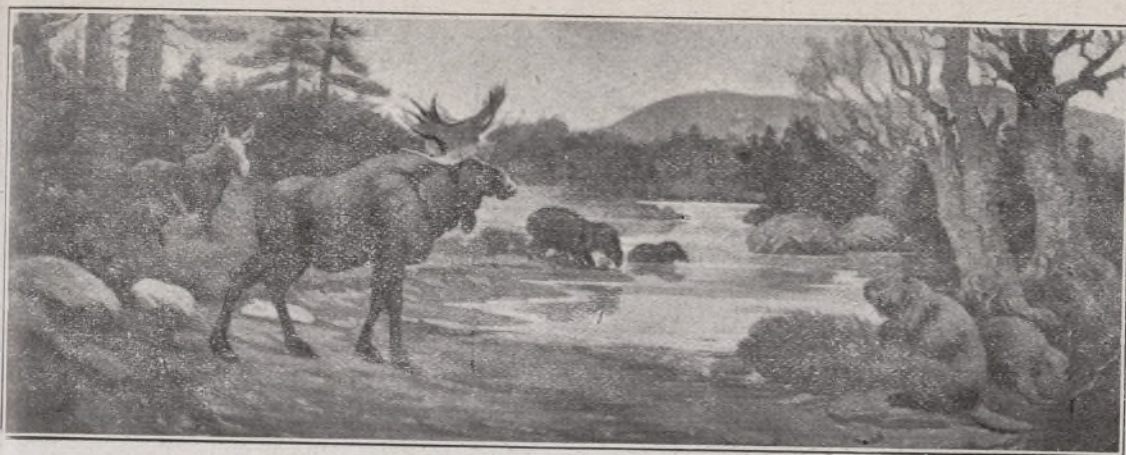
Un cuarto cuadro lo compone *el otoño en Nueva Jersey*, en que aparecen tres especies extinguidas: un gigantesco ciervo, reconstituido de un esqueleto encontrado en Nueva Jersey septentrional. En el centro, un ejemplar, de los que ya no existen más que de talla más pequeña en la América del Sur. A la derecha, roedores reconstituídos por cráneos y esqueletos hallados en Ohio.

Esta serie está completada por un fresco, desarrollado su asunto sobre los famosos «pozos de fósiles» de Rancho-la-Brea, en California meridional. Son un yacimiento de asfalto, donde millares de animales dejaron sus restos en el curso de los siglos innumerables, y que están en perfecto estado de conservación. Comprende lobos de talla enorme, tigres, caballos, camellos, grandes pájaros y otras especies extinguidas.



Escena de la vida de los hombres de Cro-Magnon, que poblaron Francia en la edad del reno: Los artistas graban e iluminan el dibujo de un desfile de mammoths sobre una pared de la caverna de Font-de-Gaume (Dordogne) donde aún se ve en la actualidad perfectamente conservada.

(Pintura mural de Charles R. Knight, del Museo de Historia Natural de New-York).



El otoño en Nueva-Jersey septentrional: El Ciervo y los Castores gigantes.

tentrional una pequeña mandíbula que, según el profesor W. K. Gregory, del museo americano, gran especialista en reseñas antropoides, pertenece a una criatura, el *Propliopithecus*, que se puede considerar como un eslabón prehumano.»

Pero, para Osborn, esta conclusión no es más que hipotética. Todos los antropoideos (orangutanes, gibones, chimpancés y gorilas) se distinguen claramente del hombre por sus costumbres arborícolas. Manifiestamente están muy alejados de la línea de seres de gran bóveda craneana, capaces de marchar sobre dos pies, línea que da nacimiento a nuestros antepasados.

Estos no vivían en los árboles. Durante un largo período, que se extiende hasta el mioceno, gozaron de la facultad de tenerse derechos. La fase prehumana y arborícola se remonta a un millón de años.

El hombre-mono Trinil, el *Pithecanthropus* de Java, es el primer enigma que se encuentra en este dominio. Esta raza, ¿es prehumana? Tal como ha sido reconstituida por el profesor Howard Mac Gregor, de la Universidad de Columbia, la cabeza de este ser muestra rasgos, mitad de hombre, mitad simiescos. Esta restauración está basada en la bóveda craneana, único resto encontrado hasta ahora. Es imposible que este hombre-mono esté emparentado con el hombre de Neanderthal.

Con el fósil de la raza dicha de Heidelberg salimos del dominio de las hipótesis y de las teorías. Esta mandíbula es la más antigua reliquia humana que se ha descubierto hasta el día. Debe datar de doscientos cincuenta mil años. Es en ella donde se basó Mac Gregor para modelar el cráneo del hombre de Heidelberg, que se asemeja mucho al hombre de Neanderthal. Es posible que éste descienda del hombre de Heidelberg.

El hombre de Neanderthal representa la más vieja raza humana fósil, de la que se conoce el esqueleto. Durante estos últimos cincuenta años se han descubierto, tanto en España como en Francia, en Alemania y Hungría, numerosos cráneos pertenecientes

a esta raza. El más perfecto, en cuanto a su estado de conservación, es el de Chapelle-aux-Saints, restaurado por Marcelino Boule.

La nueva galería del museo americano añade a los fósiles conocidos de esta raza un esqueleto reconstituido por Mac Gregor y un fresco mostrando, en las riberas de la Dordogne, cerca de la famosa gruta de Moustier, hombres de Neanderthal fabricando sus cuchillos de sílex—el alba de la industria humana—con rebaños de rinocerontes lanudos y de mammouths en último plano.

Esta raza primitiva fué suplantada hace cerca de veinticinco mil años por la magnífica raza de Cro-Magnon.

Venida del Oriente, la componía una horda de guerreros y de cazadores que desarrolló una civilización que hizo la del abuelo directo del hombre moderno, infante del arte, con sus dibujos, frescos y esculturas de animales ejecutados por profundos observadores de la vida; abandonó el anarquismo de la horda, reguló el orden jerárquico, fundó la primera religión, que es el punto de partida de la inmortalidad del alma, así como atestiguó la piadosa atención a sus muertos.

El contraste anatómico entre los Cro-Magnons y los Neanderthals que les precedieron lo establece Osborn desde el punto de vista intelectual. En la escala de la evolución tenían el mismo grado que nosotros. Los caracteres de su cabeza y de su cráneo son de altas facultades intelectuales y morales.

El sabio director del museo americano ha consagrado uno de los frescos de la galería de la Edad del hombre a esta raza, después de haber estudiado sus hábitos y sus manifestaciones artísticas.

Ella muestra a Cro-Magnons trabajando en la famosa decoración de la caverna de Font-de-Gaume, en Dordogne. Dos hombres sentados alumbran con sus lámparas la muralla calcárea en que los artistas pintan los perfiles de los mammouths. Uno de ellos, casi dobladas las piernas, graba la silueta del paquidermo con la punta de un sílex. El otro, que ya ha termi-

Es, en el terreno de la Paleontología, el hallazgo más notable registrado hasta el día.

Una última pintura nos transporta a las pampas de la Argentina. Se ven especies de talla colosal de la fauna de América del Sur: en el centro, *mylodons*; a la derecha, *glyptodons* recubiertos de una coraza

espesa, y detrás, y a la derecha, extraños seres, los *macrauchemás*; a la izquierda, los *toxodons* o rinocerontes, de proporciones colosales, que ya no existen.

Con las colecciones y estas pinturas, el museo americano puede decirse que es el mejor del mundo y hace honor al ilustre sabio que le dirige.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE DON PEDRO CALDERÓN : : DE LA BARCA AL DUQUE DE VERAGUA : :

Yo, señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho libreros e impresores (pues no contentos con sacar, sin voluntad mía, a la luz mis más limados yerros, me achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los míos; y aun esos, mal trasladados, mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto, que puedo asegurar a vucencia que aunque por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco; pues algunas que acaso han llegado a mi noticia, concediendo el que fueron mías, niego el que lo sean, según lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven de venderlas; porque hay otros que viven de comprarlas; sin que sea posible restaurar este daño, por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que, informados de su justicia, juzgan que la poesía más es defecto del que la ejercita que delito del que la desluce. Esta desestimación y poco caso que los señores jueces privativos de imprentas y librerías tal vez han hecho de mi queja, me han puesto en tal aborrecimiento, que no hallo más remedio que ponerme de su parte, haciendo yo también

desprecio de mí mismo. En este sentir pensaba mantenerme, cuando la no esperada dicha de tenerme vucencia en su memoria me alienta de manera que con su patrocinio proseguiré la impresión de los autos, que son lo que sólo he procurado recoger, porque no corran la deshecha fortuna de las comedias, temeroso de ser materia tan sagrada, que un yerro, o de pluma o de la imprenta puede poner un sentido a riesgo de censura; y así, remito a vucencia la memoria de los que tengo en mi poder, con la de las comedias, que así esparcidas en en varios libros, como no ofendidas hasta ahora, se conservan ignoradas, para que vucencia disponga de uno y de otro, en cuyo nombre proseguiré la impresión de los autos, luego que me halle convalecido, de que daré parte a vucencia, reservando la liberalidad que me ofrece para cuando necesite valerme de ella. Cuya vida Nuestro señor guarde con las felicidades y puestos que merece, y este humilde capellán suyo le desea. Madrid, y julio, 24 de 1680.—Excelentísimo Señor.—B. L. M. de V. E., su humilde capellán, *Don Pedro Calderón de la Barca*.

M Á X I M A S

La esperanza, con lo engañadora que es, sirve por lo menos para llevarnos al fin de la vida por un camino agradable.

Mientras que la pereza y la timidez nos retienen en nuestro deber, todo el honor de esto es para nuestra virtud.

Es difícil juzgar si un proceder limpio, sincero y honrado, es un efecto de probidad o de habilidad.

La perseverancia no es digna ni de censura ni de alabanza, porque ella no es más que la duración de los gustos y de los sentimientos.

Si se examinan bien los diversos efectos del tedio, se hallará que éste nos hace faltar a más deberes que el interés.

Hay varias clases de curiosidad: una de interés, que nos incita a desear aprender lo que nos puede ser útil, y otra de orgullo, que procede del deseo de saber lo que los demás ignoran.

Algunas veces lamentamos ligeramente de nuestros amigos para justificar de antemano nuestra ligereza.

Notas de nuestro Protectorado

En la presente página ofrecemos a nuestros lectores, diferentes fotografías de la actualidad de la campaña de Marruecos. El heroísmo de nuestro Ejército sigue afirmándose en cuantos encuentros tiene con el enemigo. Y a la bizarría de las tropas de tierra, se une la de los aviadores y la marina, cooperadores eficacísimos. España prosigue su labor civilizadora sin titubeo alguno y en espera de poder en breve plazo realizar por completo la misión que Europa nos encomendó en la conferencia de Algeciras.



El teniente piloto Sr. Paredes y el sargento Sr. Morenza, que bombardeando al enemigo durante un convoy a Ysen-Lassen tuvieron que aterrizar en campo enemigo, librándose de un grupo de rebeldes que intentaron hacerlos prisioneros.

El célebre paso del Señorito en el momento de pasar por él una compañía de Regulares para dirigirse a Tizzi-Azza protegiendo un convoy.



D. Pablo García Briñas, sargento de Ametralladoras de Vergara, herido grave al actuar valientemente en la conducción de un convoy a la posición de Ysen-Lassen.

El Kaid Soliman, primo hermano de Abd-el-Krim y gran amigo de España, que muy en breve saldrá al frente de una harka para combatir al enemigo.

D. Pedro Valdés Martel, teniente del Tercio, gravemente herido el día 24 del pasado al frente de sus cincuenta legionarios, en la posición de Viernes.



Evolución de los Acorazados

LA EDAD MEDIA DEL HIERRO

Constantemente, después de la guerra, se han visto anuncios en los diarios extranjeros para la venta de viejos navíos de guerra, todos ellos de siluetas muy variadas, de tipos bien encontrados y, en general, de arquitectura muy diferente a la empleada en nuestros días. La desaparición de estos acorazados no está compensada con la aparición de una nueva belleza y hace tener una indecible melancolía al ver morir esta civilización siderúrgica. Se nota, con tristeza, que ningún renacimiento se dibuja. Los ingenieros son esclavos de los problemas más prosaicos; su imaginación está solamente ocupada por las necesidades más utilitarias. «Hacer lo práctico»; he aquí la ley de los tiempos modernos.

Es indudable que esto comprueba que el hierro, como la piedra, ha tenido su edad media, su época.

Los ingenieros de entonces se preocupaban muy poco del *confort* y, a veces, de la prudencia militar. Se cuidaban más de las manifestaciones exteriores de poder de su armamento y de atalayar el dominio del horizonte sobre los mares. Debemos a esto una serie de navíos comparables a las fortalezas feudales más pintorescas. Hay acorazados, como los franceses *Magenta* y *Suffren*, que tenían una verdadera arquitectura científica y sus dimensiones sobrepasaban a las inmensas catedrales del siglo III. Ahora bien; monumentos aquellos para producir la muerte, han ido desapareciendo; en cambio, los navíos de piedra o catedrales, cuya quilla hiende las nubes, exaltando la vida, permanecen aún entre nosotros, mostrándonos lo que es total, definitivo, eterno.

Los ingenieros en esta edad del hierro—que puede ser comprendida entre los años 1875 y 1900—revertieron la forma ideal de las catedrales. El arco de las naves vino a ser la coraza o casco de hierro y sobre

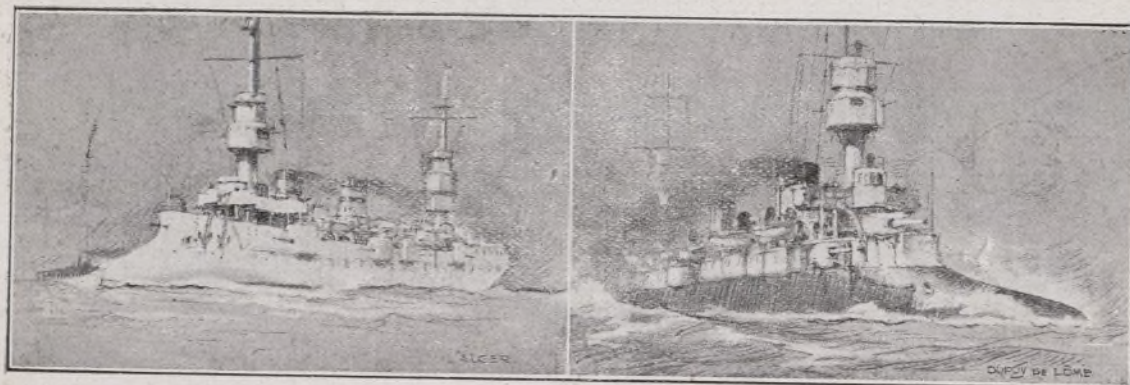
el suelo embaldosado edificaron la poderosa ciudadela con torrecillas lanzadas, los mástiles militares, las chimeneas a proporción del conjunto y las torres blindadas con los cañones de falanges metálicas que, como los dedos de una mano tendida, indicaban el punto preciso que la Muerte había de recorrer.

El acorazado, verdadera Bastilla de acero, vino a ser el equivalente de la catedral y del castillo, fuerte o fortaleza. Eran verdaderas obras de arte, y la imaginación rivalizaba con la audacia en dar las formas más imponentes e imprevistas.

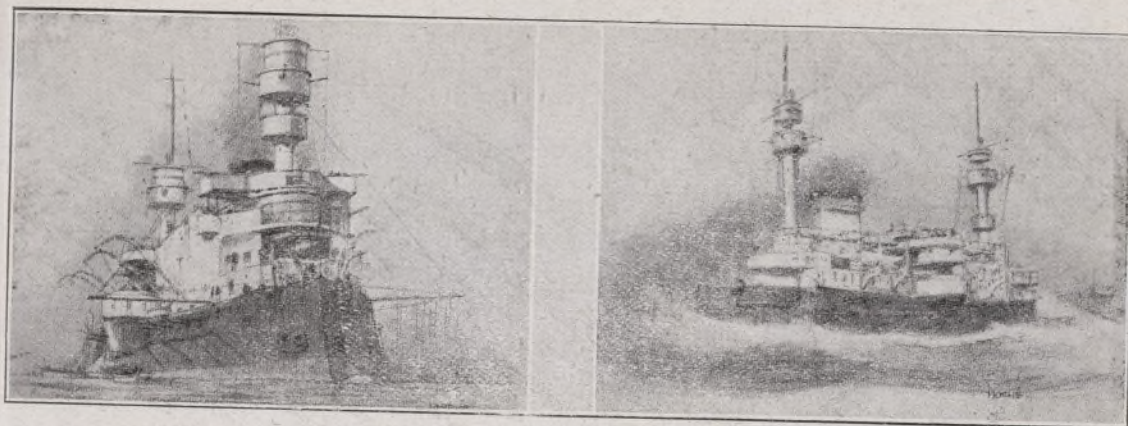
Los primeros acorazados estaban compuestos de una armadura de velas, que les dieron un aspecto bello por la disposición en que estaban. Bien pronto la maquinaria suprimió todo el velamen. El mástil tomó un aspecto guerrero. Provisto de una escalera interior, recibió en sus plataformas los cañones de tiro rápido, capaces de destruir los torpederos, y en lo alto reflectores eléctricos para iluminación a gran distancia. Pueden citarse entre los de este tipo el *Hoche*, el *Magenta* y el *Neptuno*. Sus siluetas características y sin pisos superpuestos les daban un grandioso aspecto.

Poco después, a esta arquitectura siguió la de la superestructura: la fortaleza tomó aspectos de islote. Se buscó también lo pintoresco; el casco se hizo más bajo a expensas de la navegabilidad, pero se dió un aspecto asombroso a la concepción.

En el apogeo de la edad media siderúrgica se abandonó el principio de la superestructura. Se conservaron las formas valientes, pero las torres blindadas se pusieron también en los flancos del navío. Las chimeneas se acoplaron lo más simétricamente posible, aunque en alguno se puso una chimenea chata, de un efecto menos poderoso. Las formas de delante a



Tipos diversos: Espolón en forma de nariz de un viejo crucero.—Espolón en forma de pez espada de un antiguo acorazado.



Dos acorazados de espolón y gran super estructura, cuyos mástiles van provistos de plataformas blindadas armadas de cañones de tiro rápido.

atrás fueron bien curiosas. En unos navíos la roda era poderosa, casi derecha, de elegancia guerrera, o en forma de nariz. La popa redondeada, o redonda en algunos, y en otros en forma de balcón, ofrecían aspectos bien curiosos.

Hubo ingeniero, como el del *Charles-Martel*, que reunió todos los rasgos estéticos de la arquitectura naval, y lo logró cumplidamente. Las formas del casco fueron de curvas admirables. La popa presentaba un carácter de rara armonía con sus pisos superpuestos. Las torres se destacaban con poderoso relieve. Los mástiles estaban dirigidos con la más exacta proporción y las chimeneas estaban ajustadas a un perfecto equilibrio. Era el tipo más completo y más aproximado a la fortaleza.

Después de esta serie prodigiosa se hicieron superestructuras menos elevadas pero muy poderosas, con sus castillos de delante a atrás, chimeneas muy armoniosas y la proa lanzada, en forma neta, como el *Carnot*, de tipo militar; la popa iba con una especie de balconaje. Los mástiles quedaron simplificados y las redondeces del casco fueron atenuándose.

En 1900, el utilitarismo se apoderó de la imaginación de los ingenieros. Se construyeron flancos derechos, proas acentuadas y chimeneas colocadas desigualmente.

Los primeros acorazados tenían un espolón o nariz, adoptando formas bien curiosas, como la de un pez espada, o simplemente puntiagudo.

La estética inglesa, por completo utilitarista, disimulaba el armamento; la alemana ponderó las formas. En América se tuvo la pasión de las muchas chimeneas y los mástiles con enrejados. Italia colocó el mástil en medio del navío, entre dos chimeneas, lo que impedía distinguir, a distancia, la ruta del navío. Rusia copió los modelos franceses y el Japón, los ingleses.

En el porvenir ¿asistiremos a un renacimiento estético en el ciclo del arte naval? Es de temer que la pesadez de formas de los nuevos tipos no se agrave, teniendo en cuenta que algún día pudieran ser inútiles las chimeneas, y los cañones cedan su lugar a algunas otras máquinas terribles. Es muy aventurado, por esto, el predecir las orientaciones navales modernas arquitectónicas.



Modelos de Acorazados de formas salientes y torres de gran capacidad



Soldados egipcios haciendo el ejercicio: delante va el portaenseña

LAS PRIMERAS BANDERAS

HISTORIA DE LAS ENSEÑAS MILITARES

Es imposible saber con exactitud cuándo se enarboló la primera bandera, esa enseña militar que hoy consideramos como símbolo de la patria.

No cabe la menor duda de que la primera vez que dos agrupaciones humanas vinieron a las manos, cada una adoptó una señal que, puesta en alto, serviría para mantener reunidos a los hombres del mismo bando.

Por la Biblia sabemos que los antiguos israelitas ya tenían banderas, una por cada tres tribus, y además otras de menos importancia para distinguir las familias.

Mucho se ha discutido sobre cómo debieron ser las banderas hebreas. Hay quien las pintó de ricas telas bordadas, añadiendo que la de las tribus de Judá, Isacar y Zabulón tenía un león con este lema: «Que el Señor se levante y vuestros enemigos huyan ante vosotros»; la de Rubén, Simeón y Gad, un ciervo con la divisa: «Escucha, Israel: Jehová, tu Dios, es el único Dios»; la de Efraim, Manasés y Benjamín, un niño con esta inscripción: «La mano de Jehová estaba sobre ellos todo el día», y, en fin, la de las tribus de Dan, Aser y Neftalí, un águila con las palabras siguientes: «Vuelve, Señor, y mora glorioso en medio de los ejércitos de Israel». Si fueron éstas u otras las figuras y lemas adoptados por los hebreos, difícil es asegurarlo; el texto bíblico no dice una palabra sobre tales detalles, y, por otra parte, es poco verosímil que los hebreos usasen banderas de tela, puesto que documentos fidedignos prueban que en aquellas épocas ningún pueblo las tenía de esta clase.

Según Diodoro de Sicilia, Egipto fué el primer país en que hubo banderas, y, en realidad, aunque esto no fuera exacto, sí es cierto que las banderas egipcias son las más antiguas de todas aquellas cuya forma conocemos. A juzgar por los cuadros de batallas de los antiguos monumentos, tenían los egipcios varias clases de enseñas, siendo la más importante la que se conoce con el nombre de *estandarte de Sesostris*, que consistía en una larga pértiga, en cuyo extremo había un globo coronado por dos plumas enormes, casi de tres metros de largas, pintadas de verde, blanco y rojo. Este estandarte, que, como se ve, no se parecía gran cosa a las banderas modernas, servía para indicar dónde acampaban las tropas del faraón; cuando éste iba a la guerra, colocábase el estandarte delante de su tienda, y sus dimensiones permitían verlo de muy lejos. Otros emblemas semejantes a éste, aunque más pequeños y provistos de una especie de peana, se alzaban en distintos puntos del campamento, no sabemos si para indicar las tiendas de los jefes superiores o con algún otro objeto relacionado con la castramentación de aquel tiempo.

La tercera clase de enseñas egipcias es la que por su significado puede compararse mejor con una bandera. Consistía en un asta con la imagen de una divinidad en la punta: bien un gavilán representando a Horus, bien el busto de Osiris o un barco sagrado. Probablemente, estas enseñas eran los distintivos de cada cuerpo de ejército, tal vez de cada pueblo. Subordinados a éstos había otros emblemas más sencillos, casi podríamos decir equivalentes a los banderines de



Las insignias militares en el arte: Tapiz de la Real Casa. Abanderado flamenco (Cuadro de Van Alsloet) La bandera en el célebre cuadro «La Ronda de noche» por Rembrandt.



La bandera ha sido siempre el motivo decorativo en el cual los artistas han sabido inspirar para muchas obras famosas.—Por los presentes grabados, el lector podrá darse cuenta de los diversos modelos de técnica empleados para su representación, desde el grabado de madera hasta la moderna pintura.

compañía de nuestras tropas. Por regla general, eran simplemente unas tablitas cuadradas puestas al extremo de un palo, y a veces adornadas con una pluma, o bien dos travesaños cruzando la punta del palo. En algunas pinturas murales egipcias se ven grupos de soldados marchando con una de estas enseñas al frente.

La tabla fija en un palo fué la forma de bandera más extendida en la antigüedad, y es muy verosímil que así fuesen las banderas hebreas; por lo menos, en el arco de Tito los soldados romanos llevan, entre los trofeos cogidos a los judíos, una de estas enseñas. Los griegos y los romanos adoptaron también el mismo emblema, que los segundos modificaron coronando la tabla con un águila, y añadiendo las iniciales S. P. Q. R. (*Senatus populus-que Romanus*, el Senado y el pueblo romano). Andando el tiempo, la tabla se substituyó por un pedazo cuadrado de tela, pendiente de un travesaño, y así nació el *lábaro*, estandarte imperial romano, al cual se agregó desde el tiempo de Constantino el monograma formado por las dos primeras letras del nombre de Cristo, en griego. Sin gran esfuerzo de imaginación, fácil es

comprender el paso del lábaro al moderno estandarte de las asociaciones civiles y de las cofradías religiosas.

Ya que de banderas antiguas se trata, bien podemos dedicar unas líneas a las de algunos pueblos asiáticos, cuya civilización es todavía asombro del mundo: a las de Asiria, por ejemplo, que consistían en un aro de metal rodeando varias figuras de genios, reyes cazadores, demonios con cabeza de águila o toros sagrados; y a las de la India, que, según antiguas pinturas, no eran otra cosa que un asta muy gruesa adornada con un enorme penacho de crines de caballo, o quizá de lana de yak. Esta enseña pasó a través de todo el Sur de Asia hasta Turquía, donde se usó por muchos siglos.

Esto es, en breves términos, lo que con seguridad relativa se sabe acerca de los orígenes de las enseñas militares en general; pero, concretándonos ahora a la verdadera bandera, al pedazo de tela sujeto por uno de sus bordes a un palo, ocurre preguntar de dónde deriva esta forma, ya que no tiene parecido ni con el estandarte de Sesostris, ni con el penacho de los indios y turcos, ni tampoco con las águilas y los lábaros de la antigua Roma. Afortunadamente para aquellos a quienes interese el asunto, hay datos suficientes para explicar la cuestión de un modo bastante exacto.

La bandera moderna es de origen europeo. Los sármatas, antiguos habitantes de Rusia, que tenían costumbres muy extrañas, tales como la de cubrir a sus caballos de batalla con una armadura de escamas desde el hocico hasta los cascos, llevaban cuando combatían unas banderas no menos singulares. La enseña, puesta, como de costumbre, sobre un palo largo, consistía en una cabeza de dragón, de metal, hueca y con la boca enormemente abierta, cuyo pescuezo se prolongaba en un saco largo y estrecho de tela de colores vivos, adornado con cintas rojas o azules. Cuando el jinete que llevaba este original estandarte ponía su caballo a todo galope, el aire que penetraba por la boca del dragón inflaba el saco y éste flotaba



Enseña militar asiria y estandarte sármata en forma de dragón.

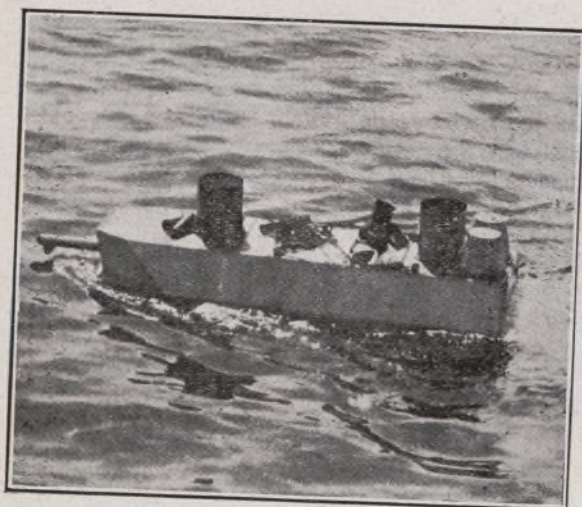
al viento, ofreciendo cierto aspecto de animal vivo, a lo que contribuían no poco las cintas simulando las patas del bicho.

Sea que tan caprichosa bandera fuese demasiado pesada, sea que su fabricación resultase costosa, el hecho es que llegó el día en que la cabeza de dragón quedó suprimida; y como sin ella no tenía objeto el saco, convirtiéndose éste en una tira de tela de parecida forma, especie de gallardete o banderola que los sár-

matas debieron traer a la Europa occidental en el siglo V, cuando acompañaron a los hunos en sus invasiones.

Desde dicho siglo, en efecto, empezó a adoptarse la banderola por casi todos los pueblos europeos, poniéndola los caballeros en sus lanzas y modificándola cada uno a su capricho, viniendo de aquí los actuales gallardetes, estandartes de caballería y la verdadera bandera, en la forma de todos conocida.

EL TANQUE-ANFIBIO



Muchas fueron las tentativas efectuadas para resolver el problema de encontrar un vehículo que marchara lo mismo sobre tierra firme que sobre las movedizas aguas, borrando de una vez las fronteras que separan estos elementos. Varios mecánicos constructores se dedicaban al estudio de buscar el vehículo anfibia sin obtener resultado práctico alguno, hasta que en 1909 un francés, M. Ravailler, presentó una canoa automóvil que, además de la hélice propulsora que la hacía surcar las aguas, iba provista de cuatro ruedas que la permitían correr por tierra firme.

Las pruebas dieron el resultado práctico apetecido. Desde aquel momento, resuelto el problema planteado, no quedaba en pie más que el perfeccionamiento del mecanismo y su utilidad práctica.

El modelo que presenta la adjunta fotografía no puede ser más perfecto ni atrevido. No se trata del automóvil común, sino de un tanque blindado, que en un momento dado puede surcar las aguas con toda facilidad.

El Ejército norteamericano, que ha procedido a ensayar el tanque-anfibio, lo ha adoptado y ha comenzado a practicar experiencias que, sin duda, resultarán interesantes.

La utilidad de estos tanques-anfibios para usos militares es indiscutible, sobre todo para los servicios de exploración, puesto que las corrientes de agua podrán franquearse sin necesidad de utilizar los puentes, que estarán, por lo general, mal vigilados.

El punto inicial, el primer paso está dado, y es de esperar que los perfeccionamientos que vaya introduciendo la práctica hará de estos aparatos un instrumento necesario en todo buen ejército, en cuanto que con ellos se podrá pasar de la tierra al agua sin transbordos molestos.

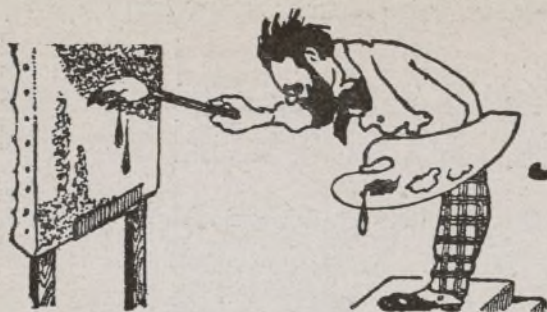


CANTO A LA ESPADA

por ENRIQUE LOPEZ ALARCON

Caudal el más querido
de todo caballero bien portado,
que se mira servido
y se siente esforzado
sí lleva su tizona en el costado...
Del Tajo en la ribera,
por un rayo de sol fuiste forjada:
¡garra de un alma fiera
en mil muertes cebada
y de otros mil aceros cortejada!
¡Aliento de Castilla,
siempre, en la tierra y en el mar, triunfante,
por tí de nuevo brilla
mi estrella rutilante,
norte, guía y amor de navegante!
En medio de mis penas
fuiste mi único amor. ¡Hechas pedazos
saltaron mis cadenas
siempre por tí, y mis brazos
limpiáronse de orín a cintarazos!..
Recia espada sangrienta,
por el aliento de mi fe bruñida,
que hoy me miras sedienta
de la sangre vertida,
rojo manjar que es fuente de la vida.
Esposa del guerrero,
fuerte y pura; jamás torpe mancilla
manchó tu limpio acero,
en cuyo espejo brilla
el alma inmaculada de Castilla.
¡Cuando pierda mi brazo
las fuerzas de titán con que me alientas.
tú abrirás mi regazo,
oleadas sangrientas
dará mi corazón sobre tu lazo,
y las dos almas, en estrecho abrazo,
hacia otras luchas volarán sedientas!





Brochazos



ESCLAVO DE SU DEBER

Mi memoria, siempre fresca en recuerdos del tiempo pasado, rememora en este momento un sucedido rigurosamente exacto de un coronel de Caballería, conocidísimo por su dureza en el mando y por sus frecuentes salidas de tono.

Hombre cargado de hieles, de mirada aterradora, voz de trueno, ordenancista sin mezcolanzas de amabilidad, cuantos servían a sus órdenes temblaban como azogados en todo tiempo y sitio, sobre todo cuando tenía lugar la instrucción de regimiento a caballo.

Firme en la silla, cabalgando sobre «Vari-lla», un castañote sometido a las espuelas sangrantes de aquel hércules atrabiliario con casco de lanceros, sus voces tácticas eran puntualmente obedecidas, y aquel que titubeaba, aquel que por miedo o ignorancia se tiraba una plancha, aquel infeliz purgaba con arrestos en banderas la faltilla cometida.

Los cuatro escuadrones maniobraban que era un encanto; envueltos en inmensas polvaradas, chorreando sudor las cabalgaduras, fatigosos los jinetes, sin cesar de trotar ni galopar un segundo, aquel regimiento, tan admirablemente instruído como disciplinado, podía competir con el más afamado de los hulanos alemanes.

Todo marchaba a las mil maravillas: ningún oficial se había equivocado, ningún soldado fué despedido de la montura, las alineaciones resultaban como tablas, las cargas podían competir con las más brillantes, los altos eran impecables; el coronel, satisfecho, no se cansaba de baquetear al regimiento, que, cual autómatas, obedecía a las voces militares.

—¡Escuadrones!... ¡Al trote!... — repitió por millonésima vez—. ¡¡Marcheen...!!

Aquella masa empezó a trotar acompasadamente, marcialmente, oyéndose de vez en cuando el chasquido metálico de los alcances y la voz extintórea del coronel, que decía:

—¡Bajar la mano! ¡Libertad a los caballos!...

Y volvió a tronar el coronel:

—¡Escuadrones! Cabeza, ¡variación a la derecha!...

Viendo el coronel que la cabeza no ejecutaba la variación, se arrancó violentísimo, hecho un basilisco, sobre la sección de vanguardia, diciendo al oficial:

—¡Mal, muy mal, señor teniente! ¡¡Escuadrones, al...to!! Repito que muy mal; es usted un distraído, y para que en lo sucesivo ponga usted más cuidado, envaine el sable y pase arrestado a banderas.

—Mi coronel, si usía me permite...—interrumpió tímidamente el teniente coronel.

—¿Qué hay?

—Que el oficial no ha empezado el movimiento porque usía se olvidó de dar la voz ejecutiva.

—¿Qué me dice usted?

—La verdad seca, mi coronel.

—Queda usted indultado, señor oficial; pero como el que ha cometido la falta soy yo: señor teniente coronel, encárguese usted del mando del regimiento, que yo soy el que se va arrestado a su casa.

Y nuestro hombre se pasó ocho días en casa, con gran contento de sus subordinados; pero con gran molestia para toda la familia, que estaba hasta la coronilla de aquel Poncio militar.

CARLOS TOVAR.

BODA DE ALMAS

Cuento por JACINTO OCTAVIO PICON

—A eso que te hace reír, le encuentro yo una poesía muy grande.

—No sé qué poesía pueda tener la boda de un señor de sesenta y muchos años con una mocita que estará para cumplir, poco más o menos, sesenta, porque ésa es la edad de los novios.

—Pues tiene, aunque no lo creas, el encanto indestructible de una intensa poesía moral, de algo que depende sólo del sentimiento y vale para ellos tanto como para los que somos jóvenes la mayor exaltación de los sentidos.

—Vamos, que esos viejos son románticos.

—No sé lo que son, pero escucha y juzga. En mil ochocientos setenta y cinco tenía Javier treinta y dos años: era uno de esos hombres que por su aspecto físico y por sus condiciones de inteligencia y de carácter pueden hacerse dueños fácilmente del corazón de una mujer lista: buena figura, rostro simpático, entendimiento claro, genio alegre y esa educación propia de caballero discreto y tolerante, que nunca bastan a suplir aquellas otras cualidades. Grandes bienes de fortuna, no tenía; ni otros recursos que una renta corta, heredada de sus padres, y su sueldo de cónsul: para vivir solo, le sobraba; mas para casarse, crear familia y sostenerla con arreglo a sus gustos e inclinaciones, disponía de muchísimo menos de lo que consideraba necesario, dadas las exigencias de la vida moderna.

Cuando desempeñaba el consulado de Singapoore fué trasladado a Nápoles. Recién venido de Oriente, y antes de marchar a Italia, sus amigos los condes de Ayora le convidaron a pasar un mes en su finca de «Los Naranjales», y aceptó. Con los condes estaba, convidada también, Rosario Guadiana, mujer de singular hermosura, compañera de colegio e íntima amiga de la condesa.

Era Rosario hija única de aquel famoso don Mateo Guadiana que en tiempo de la primera guerra civil llegó a Madrid sin otro patrimonio que su ingenio, y por obra del cual, a su muerte, poco antes de la revolución del sesenta y ocho, era marqués, ex ministro, senador vitalicio y muy rico.

Rosario acababa de cumplir veinticinco años, tenía



siete u ocho millones de pesetas y estaba en el apogeo de su belleza. Era una mujer del tipo de la emperatriz Eugenia: muy rubia, alta, esbelta, de grandes ojos azules y tez blanquísima; modelo de distinción y elegancia en gustos, trajes y maneras. Lo único que en ella desagradaba era cierta sequedad y una mal disimulada aspereza en la conversación, que la hacían poco simpática a los que no la conocían mucho, pero en que nunca incurrió con sus amigos verdaderos; sequedad y aspereza las cuales, como si las reservase sólo para pretendientes y galanteadores, jamás desplegaba en su trato con ancianos ni mujeres. La causa de tal desabrimiento, que exageraba aun sin darse cuenta, sobre todo con los que se enterquecían en requebrarla, era el miedo que le daba pensar en su riqueza. Creyéndose con derecho a ser querida por sus partes físicas y sus prendas morales, segura de lo que merecían su cuerpo y su alma, sentía pavor ante la idea de verse deseada sólo por su fortuna: como hay otras agriadas por la fealdad, lo estaba ella por el dinero.

Javier y Rosario se sintieron mutuamente atraídos a poco de conocerse: el hombre se enamoró de aquella mujer hermosa, formal, inteligente, en la cual consideraba reunidos los encantos que pueden hacer dichosa la existencia; la mujer, a despecho de su constante preocupación, vió en aquel hombre el ser capaz de comprenderla y estimarla sólo por sí misma.

Y, sin embargo, entre ambos se alzó una doble infranqueable muralla. Javier, temeroso de que no fuese apreciada la sinceridad del afecto que experimen-

taba, acobardado ante la idea de que su inclinación se interpretase como cálculo codicioso, calló; Rosario, habituada a recibir homenajes sin buscarlos y juzgando incompatible con su dignidad arriesgarse a pretenderlos, no hizo nada para que hablase: no quiso él que nadie, y menos Rosario, le creyera capaz de andar a caza de mujer rica; no consintió ella en que nadie, y menos Javier, la supusiese neciamente confiada en el poder de su hermosura u olvidadiza de su propio decoro.

Así quedó en ambos la pasión amorosa, primero contenida y luego como sofocada por algo que, debiendo importarles poco, en realidad la contrarrestaba y vencía.

Sólo una vez, la víspera de partir él a tomar posesión del consulado de Nápoles, estuvieron a punto de hablar, y si hubiesen hablado se habrían comprendido; mas aquella ocasión, en que pudieron ser dichosos, ninguno supo aprovecharla: Rosario temió ponerse en ridículo dejándose conquistar por un enamorado sin fortuna; que, aunque la quisiera de veras y ella lo creyese, podía parecer a la gente más listo que apasionado, y al mismo tiempo, dándose cuenta de lo mucho que Javier le agradaba como hombre, experimentó cierto orgullo malsano sintiéndose capaz de dominarse, como insensatamente avergonzada de su posible flaqueza.

A Javier le faltaron perspicacia para desentrañar lo que sucedía en aquella alma de mujer, habilidad para aprovecharlo y, sobre todo, vehemencia para expresarse. Torpezas semejantes hay a millares en la vida.

Pasaron muchos años. Era noche de fiesta en casa de los duques de Arlanza. La gente joven bailaba en el salón grande; en las estancias contiguas las personas mayores jugaban al tresillo o charlaban amigablemente. Apartado de aquel bullicio, en un gabinete donde casi no se percibían los sonidos del piano ni el murmullo de las conversaciones, sentado junto a una mesita preparada para jugar y pasando el rato entretenido en ver grabados de periódicos, estaba un caballero viejo, como quien espera a sus compañeros de partida que deben llegar pronto. Un pequeño biombo de cueros antiguos, puesto entre la mesita de juego y la chimenea para que el calor no molestara a quien se sentase cerca, ocultaba el cuerpo del anciano; la cabeza tampoco podía vérselo porque la tenía inclinada sobre los periódicos; de modo que la habitación parecía desierta.

Lentamente entraron en ella dos señoras viejas, de sesenta y tantos años lo menos, rugosos los rostros, completamente canosas las cabezas y vestidas ambas con severa elegancia: una, de morado muy oscuro, y otra, de negro; la primera bajita, gruesa, sin rasgo ni línea en cara y talle que indicase haber sido hermosa; la segunda alta y, a pesar de su edad, no encorvada, sino erguida, esbelta, con claras señales en cara y cuerpo de haber sido soberanamente bella:

los ojos, los dientes y lo que al través del encaje se veía de hombros y brazos daban testimonio de ello.

Venían siguiendo una conversación sin duda comenzada hacía largo rato; como no vieron al señor viejo, a quien ocultaba el biombo de cueros antiguos, creyeron que allí no había nadie, y sentándose en un gran sofá, continuaron hablando.

Decía la del traje morado:

—De modo que ¿cuántos años hacía que faltabas de Madrid?

—Catorce; ahora ya no me moveré de aquí. Por estar con los tíos he pasado estos catorce años en París; muertos los pobres, y a mi edad, ningún atractivo tiene aquello para mí.

—Además, aquí podrás cuidar mejor de tus intereses...; ir de vez en cuando a ver las fincas de Andalucía.

—No creas que han estado desatendidas; tengo apoderado inteligente y honradísimo. Figúrate..., para una mujer sola y a una edad en que ni aun en trapos se puede gastar..., ¡me sobra tanto!

—La verdad es que has sido una mujer muy rara. Tan hermosa, tan lista, tan buena..., y no haber querido casarte nunca..., con las proporciones que has tenido... ¡Tan buscada, tan codiciada!

—Pues por eso, por lo codiciada, ¡precisamente por eso!

—Sí: no te ofendas..., nada de lo que yo te diga puede ofenderte; pero esa desconfianza que siempre has tenido te ha perjudicado.

—Como que me ha hecho desgraciada.

—Lo creo; pero vamos a ver: aparte esa desconfianza, ¿no has querido a nadie? ¿No has amado nunca?

La señora del traje negro miró fijamente a su amiga, dejó escapar del pecho un suspiro, sonrió dulcemente, y aprovechando, complacida, la ocasión de desahogar sus penas en un momento de expansión y confianza con quien era capaz de comprenderlas y callarlas, dijo:

—Sí; una vez, hace muchos años, cuando tenía yo veinticinco. La primavera del setenta y tantos me convidaron unos amigos—ya se han muerto también— a pasar una temporada con ellos en una finca magnífica. Convidado, como yo, estaba allí un pariente del marido de mi amiga, un hombre de pocos más años que yo, inteligentísimo, instruido, guapo..., lo que se llama un hombre a carta cabal, lleno de atractivos. Era cónsul en no sé qué parte de Oriente y acababan de trasladarlo a Nápoles. Pasó en la finca un mes. ¡Y qué mes me hizo pasar! ¡Qué zozobra! Desde los primeros días comprendí yo que le agradaba, y a mí él me gustó mucho: me trastornó por completo; llegué hasta creer que era yo quien le atraía, no mi fortuna, y comprendí también que por miedo a que nadie, ni aun yo misma, le creyera desinteresado, nunca me diría nada...

—Para una situación así, muchos recursos tiene una mujer como tú.

—Pues no supe emplearlos o no quise; no sé lo que pasó por mí, no sé si fué tontería, falta de habilidad, orgullo, exceso de amor propio..., pero la verdad, ante la idea de ofrecerme, brindándole con lo que él debía solicitar, me inspiró terror la posibilidad de parecerle ligera, coqueta..., y nada hice. Además, lo confieso, acabó por enseñorearse de mí aquella maldita desconfianza que me acibaró la juventud: pareciéndome bueno, honrado, leal, completo caballero, siempre me atormentaba el recelo de que disimulase la codicia mejor que otros, de que no me amase por mí misma.

—Y ¿no hablasteis nunca? ¿No tuvisteis un solo minuto de confianza? ¡Caramba! ¡Cuando un hombre y una mujer se quieren..., uno y otro..., llega un instante..., lo dicen o revientan!

—O callan estúpidamente, como nosotros callamos.

—Pero ¿no hubo siquiera una ocasión en que alguno de los dos se insinuara o se clarease lo bastante para entablar relaciones, comenzar, abrir camino?... Los hombres tienen mil modos y nosotras igual, hija mía, igual; la cosa está en querer: no hablamos, pero hacemos hablar... hasta a los mudos.

—Todo eso es verdad, y, sin embargo, no me sirvió de nada. Por una parte me aterró la idea de que, si yo me equivocaba, se rieran de mí cuantos, conociendo mi desconfianza, me viesan caer incautamente en manos de un codicioso; por otro lado, aunque ahora comprendo mi error, te declaro que experimenté cierta vanidad, cierto placer inexplicable en dominar la inclinación que sentía, sobreponiéndome a ella.

—De modo que comprendiendo que os amábais, por lo menos que os gustábais mucho..., los dos mudos.

—¡Mudos los dos!

—Y os despedisteis con el secretito en el pecho. ¿Y cómo os separasteis?

—La separación fué dramática; algo así como una escena admirablemente representada. La víspera de irse a tomar posesión del consulado de Nápoles, una tarde hermosísima, estábamos en el jardín después de comer, acabando de tomar café. No recuerdo cómo ni por qué nos quedamos solos. ¡Qué rato aquel que envenenó toda mi vida! Me parece que estoy viendo el borde del pilón de piedra todo lleno de tiestos salpicados por el agua del surtidor; enfrente de mí había un grupo de granados, cuya masa verde oscura estaba esmaltada por sus flores de rojo brillante y encendido; más allá un ciprés bajo, muy añoso, donde los niños de la casa habían dejado colgadas unas raquetas de jugar al volante... El olor a la tierra empapada del riego, los aromas mezclados de todos los planteles del parque..., a lo lejos el rasguear de la guitarra de un criado que canturreaba en el patio, el cielo trocándose por instantes de azul claro en intenso cobalto y, como precursor de la noche, un vienteillo suave y tibio que parecía fresco comparado con el ardor sofocante del día... ¡De todo me acuer-

do!... Todo lo percibo y lo veo, ¡como si hubiese sido ayer!

—Ya se te conoce, y bien claro lo expresas. Pero ¿qué sucedió?

—Lo peor: nada. Ya te he dicho que era la víspera de irse él a su nuevo destino. Estábamos sentados con el velador por medio. Ambos comprendíamos que convenía aprovechar los minutos, ya que, por ventura, nos habían dejado solos... Si hubiese roto a



hablar no me habría negado a escucharle: a lo que no me atreví fué a decir nada que le abriese camino de explicarse. Me miraba, me miraba fijamente, esforzándose en adivinarme los pensamientos, y el grandísimo torpe no acertó con ellos. Le contuvo el miedo a una repulsa, el amor propio, el orgullo de su relativa pobreza...: esos fueron seguramente los que le trabaron la lengua. Y en mi alma se irguieron el temor al prójimo, el pudor mal entendido, el mismo amor propio, tan estúpido como el suyo; pero el otro amor, el verdadero, el único, allí quedó doblemente sepultado en nuestros corazones por la cobardía suya y la altivez mía. Segura estoy de que le pasó lo que a mí. Muriéndonos por hablar y los dos callamos. ¡Imbéciles! Yo no lo he podido olvidar jamás.

—Desengáñate, no os queráis bastante: no hay otra explicación.

—Pues, a pesar de eso, oye el final. De pronto volvió mi amiga, la dueña de la casa, y en seguida, el marido. Claro está que habiéndonos faltado valor para hablar estando solos, con mayor motivo nos habla de faltar después para buscarnos. Nos despedimos a la mañana siguiente, ante testigos, como si nada sintiéramos uno por otro..., y no hemos vuelto a vernos. Cada uno ha envejecido por su lado: yo viviendo casi siempre en París, él en varios consulados de las cinco partes del mundo; nunca nos hemos encontrado. ¡Ah! Si hubiéramos tenido otra ocasión como aquella, no la habríamos desperdiciado. No he vuelto a sentir cosa semejante...; nada me ha impulsado hacia ningún otro hombre. Y a él sé que le ha sucedido algo análogo, porque hace pocos años una amiga mía, que le trataba con intimidad, me contó que él mismo le había referido todo esto igual, igual que te lo cuento. Nada ha tenido que ver con mujer alguna, no ha querido casarse, pudiendo hacerlo aún con otras más ricas que yo; y, ya viejo, pidió la jubilación... ¡Y se acabó mi historia!

—No he oído cosa más romántica. Pero ¡qué par de bobos! Mentira parece que os amaseis. Tú hiciste mal, y él peor; no, aquello no era amor: el amor es más valiente.

Iba la señora del traje morado a continuar sus comentarios, cuando, tras el biombo de cueros antiguos, se levantó el caballero viejo, que había escuchado el diálogo desde su comienzo.

Lentamente avanzó hasta donde ambas damas estaban, saludólas con una cortés reverencia, y encarándose con la que acababa de hablar, mientras la

que hizo el relato de su pasión frustrada le miraba sorprendida y pasmada, dijo de este modo:

—Sí: aquello fué amor; medroso, acobardado por la situación y la fortuna de quien lo inspiraba, y más aún por la pequeñez de quien lo sentía; pero tan hondo y sincero, que no necesitó ser recompensado ni correspondido para seguir viviendo. Por eso hoy, a la edad que tengo, ahora que ya nada puede interpretarse por doblez ni codicia, después de escuchar lo que he oído, ofrezco a Rosario mi mano y mi nombre.

Y añadió, mirándola:

—Pasaremos unidos nuestros últimos años, y el vacío de lo que no podamos recordar, porque no llegó a ser, lo llenaremos con la dulzura de lo que hemos deseado. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Rosario, en señal de aceptación, inclinó la cabeza, y con cierto pudor lleno de dignidad y exento de ridículo, repuso:

—Sí, señor, aunque se rían de nosotros.

—Pobres de espíritu serán los que no nos comprendan—contestó el anciano.

—Cara me costó mi riqueza—dijo la dama.

—Y a mí mi amor propio.

—Verdad que sí—exclamó la del traje morado—. Son las dos cosas que más caras se pagan en la vida.

Ellos se dieron las manos, poseídos de ternura infinita.

Y así acordaron unirse, para esperar juntos la hora de la muerte, los que no supieron aprovechar la hora del amor.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

CASOS Y COSAS

—Mira, muchacha: ve a la plaza y compra un salmón, que hoy espero a comer unos amigos.

—Señor, vengo de la plaza, y el único salmón que había se lo ha llevado un consejero.

—Pues toma más dinero, vuelve otra vez, y tráeme el consejero y el salmón.

En el Gobierno Político:

El portero.—Ahí está un mudo que quiere hablar con usted.

El empleado.—¿Está usted seguro de que es mudo?

El portero.—¡Vaya! El mismo me lo ha dicho.

Estamos en la calle de Hortaleza. Son las dos de una noche fría y lluviosa.

Un joven, de oficio panadero, se acerca a su paisano el sereno del barrio, y le dice:

—Domingo, esta noche la he pasau en grande; ¡hemos bebido mucho!

—Ya veu que estás cargado. Vete a casa, y ¡chito!

—¡Ca! Esta noche voy a armar una de mil demonios.

—Vete a casa, o te sacudo; mira que soy autoridad y tengo que cumplir con mi deber.

—¿Esu dices a tu paisanu?

—No alborotes la calle.

—Me da la gana. ¡Viva la Pepa!

—¡Pues toma!

Y el sereno le sacude con el chuzo un par de palos tremendos, añadiendo:

—¿Non te lu decía, paisano?

—Sí, hombre, tú has cumplido con tu deber; pero ¡si mas partidu!

Una joven casada estaba reñida con un cuñado suyo, que no perdonaba medio de ofenderla.

Un día fué el cuñado a hacer una visita a su hermano.

—Pon una silla a mi hermano—dijo el marido dirigiéndose a la criada.

—Mejor sería ponerle también freno—añadió la mujer.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

redaderas que ascendían por las paredes. Pero no se escuchaba un grito. Todo era correcto. Creyérase que, en cada uno de aquellos lugares, se celebraba apenas el buen éxito de algún negocio.

Daniel y sus amigos fueron a cenar a la terraza del *Club Ambocastellano*. Desde allí la ciudad tenía un aspecto que no le conocían. Ya no era tan regular, tan monótona. Tortuosos rosarios de luces dibujaban las calles, y sombras muy negras, a un lado y otro extendidas, dejaban soñar con frondas de bosques y hasta con aguas corrientes y cantarinas. La cena no fué alegre. Todos aquellos hombres seguían con la imaginación ante sus altares. Todos tenían, a muchas leguas de distancia, una madre en quien pensar, una novia, tal vez olvidada, de la que volvían a acordarse...

De repente, todo se alteró en el rostro de Daniel Aguiar. Cerca, ante una mesa adornada como ninguna otra, acababa de sentarse Estela. No había vuelto a verla desde la noche de la velada en la Sociedad Hijos de Piornelo, no había vuelto a oírla desde la tarde en que le arrojó de su lado con palabras tan duras. Y allí estaba ahora, con el padre y unos amigos, riéndose sin penas ni inquietudes. Un instante volvió los ojos hacia él, tropezó con los suyos, y no los retiró. Le pareció aquella una mirada indiferente, la que se tiene para un sér en absoluto desconocido, acaso la que hubiera obtenido el cacharro del hielo, una columna... Pero no. Algo se alteraba al cabo de un rato en aquel semblante, y, tal vez para hacerle sufrir, reía más con los amigos sentados a su mesa, y a poco entablaba un vivo diálogo con los muchachos de una mesa vecina. Sintió entonces una cosa extraña, a la que no podría dar el nombre de celos, y, sin embargo, dolía mucho. Procuró aturdirse, beber, en tanto ella, sin tornar a mirarle, acentuaba el coqueteo con los muchachos de la mesa inmediata. Terminada la cena, mientras Daniel y sus compañeros comenzaban a beber el *champagne* de la fiesta, se levantó, invitando con la sonrisa a uno de sus vecinos. No saldría del *Club* seguramente. El padre aun quedaba hablando, gustando el placer de la sobremesa. Iba, sin duda, al piso principal, donde la gente estaba bailando, y Daniel experimentó unos impulsos violentos de seguirla, de increparla por su espíritu soberbio y caprichoso, de hacerle saber que despreciaba sus desdenes y no conseguiría con ellos destrozarle la vida, como seguramente esperaba. Pero le aterró su ropa tan raída, tan triste. Imposible entrar de aquel modo en el salón. Un instante acarició

la idea de ir a casa a ponerse el frac, su único traje decente.

Pero ya Villasuso y Trujillo, animados por el *champagne*, se levantaban, hablando de lanzarse por las calles a cantar villancicos. Daniel acepto, encojiéndose de hombros. ¿Qué le importaba realmente la mujer aquella? ¿Qué conseguiría con hablarle? Mientras Villasuso pagaba la cuenta, Trujillo propuso que se buscara a Farfán. Villasuso agregó que antes debieran haberlo hecho y Zárate recordó que siempre se había pronunciado por traerlo a la fuerza. Daniel tranquilizó todos los escrúpulos.

—Llémosle una botella.

El poeta, con la proverbial generosidad de los hombres de su clase, indicó muy solemnemente:

—Y juremos no tocársela.

—Perfectamente—aprobó Trujillo—;pero llevemos, para nosotros, dos botellas más...

Pidieron las tres botellas y no tardaron en entrar en el hotel, alborotando y cantando.

—¿Dónde está ese hombre? ¿Dónde se ha metido Farfán?

Antón no sabía, no lo había visto; ni a cenar bajó. Tal vez estuviese arriba, en su pieza. Subieron impetuosamente, levantando las botellas en triunfo. Pero al abrir la puerta de Farfán se quedaron para-



lizados, con una sorpresa casi religiosa, como ante algo sublime. Realmente no era para menos el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Farfán había extendido por el suelo todas las cosas blancas que encontró a mano: las sábanas, las fundas de las almohadas, las camisas. Con objeto, sin duda, de darse una emoción de nieve, encima de cada mueble había puesto una cosa blanca; aquí, una toalla; allá, un sobre; más allá, un cuello... Y, a pesar del calor de la noche, Farfán, sentado en una silla baja, más envuelto en la capa que nunca, animaba el fuego de una hornilla donde estaban asándose las castañas, complemento indispensable de su Nochebuena.

Quisieron volverse emocionados, respetando aquella nostalgia terrible; pero Farfán había visto las botellas y, fuerte contra la sugestión de su ofrecimiento, no pudo abandonarlas ya. Hasta llegó a conmovirse.

—¡Gracias, amigos!

Las bebieron allí mismo, respetando, con todo escrupulo, la botella de aquel hombre. Fácilmente consiguieron después que los acompañase por las calles a entonar los cánticos tradicionales, a enseñar a las gentes del país lo que era una Nochebuena. Al levantarse Daniel, enternecido por el *champagne*, abrazó a Farfán de los Godos, preguntándole si le consideraba un amigo de veras.

—¿Me perdonas todo lo pasado? ¿Me crees si te digo que no fué mía la culpa?

—No recordemos cosas ingratas.

Terminó de beber y correspondió hidalgamente al abrazo de Daniel, abrazándole y diciendo:

—Si algún daño me hiciste, ya sabes cómo puedes compensármelo.

Momentos más tarde alborotaban la ciudad ante la indulgencia de los vigilantes, hombres de campo casi todos, que parecían comprender y hasta aprobar. De repente, pasando por delante del *Club Ambo castellano*, cuya terraza, iluminando la atmósfera, ponía así como un halo al edificio, Daniel volvió a acordarse de Estela. ¿Continuaría aún Iturbe en la terraza? ¿Estaría ya la hija con él? Sintió un deseo vehemente, irreprimible, de hablarla. Entre ellos habían pasado muchas cosas, había habido mucho amor. Sus miradas de hielo nada acaso significasen y una palabra bien dicha les hiciese cambiar. Un amor como aquel que le tuvo no podía desaparecer tan pronto y sin dejar huella...

—¿Queréis esperarme? Me faltan unos pesos. Creo que los perdí arriba...

Entró precipitadamente en el ascensor, con miedo de que le siguiesen. Llegó a la terraza. Iturbe continuaba en la mesa con sus amigos; pero Estela no estaba. Y se disponía a volver, sin ánimos para entrar en el salón de baile, cuando la vió de espaldas, muy cerca, envuelta en un manto de seda por miedo al rocío y apoyada en la balaustrada, con el cigarrillo en la mano, dejando volar tal vez la fantasía so-

bre aquellas sombras profundas que remedaban bosques y prados envueltos en la noche...

—¡Estela!

Sorprendida la muchacha, volvió la cabeza. Daniel, ya a su lado, le preguntaba qué había hecho para merecer aquel desprecio tan tenaz y tan duro. No la comprendía. Creyéndolo casado no le importaba sacrificárselo todo. Y el descubrimiento de que estaba soltero, de que su felicidad podía tener una base más firme, era lo imperdonable.

Le temblaba la voz; tembló todo cuando Estela puso a mirarle, acentuando la sorpresa, y respondió con acento desdeñoso:

—Siga su camino...

Volvió Daniel a hablarle. ¿Por qué era así? ¿Por qué se complacía en torturar a cuantos la amaban? ¿Por qué tenía su placer más grande en pagar el amor con los desdenes? La muchacha dijo otra vez, sin que nada cambiase en ella, llenas de desdén, como antes, las palabras y las miradas:

—Siga su camino. No moleste...

Daniel sintió que un vértigo le poseía, que una nube de sangre lo cegaba. Estaban solos. En aquel rincón de la azotea no había nadie. La gente comía lejos, en la especie de salón que contorneaban las enredaderas y los árboles enanos saliendo de sus macetones. Los criados pasaban distraídos. Recordó la escena del jardín, cuando rindió, con sus besos violentos, la esquividad de aquella mujer. La evocación de tan bello triunfo lo encendió más. Se acercó a ella. Y repitiendo que la amaba, que la había amado siempre y no merecía aquella crueldad, intentó atraerla hacia sí, besarla, y volvió a escuchar la voz dulce, cargada de desprecio:

—No moleste más el borracho. No me haga llorar...

Se había desasido bruscamente, y en la violencia del movimiento el «tapado» se le desprendió y el traje de fiesta, apenas sujeto a los hombros, se soltó por un lado, agrandando el escote, mostrándole aquella carne espléndida que despreció acaso en otro tiempo y ahora le cegaba como una luz deslumbradora. Daniel no vió más. Para él sólo una cosa parecía haber ya en el mundo, y era aquella belleza y aquella blancura. La criolla lo notó, y una sonrisa alegre y luminosa le animó los labios, los ojos, la cara entera. Estaba vengada. Sus encantos, sus hechizos triunfaban como siempre. Aun le quedaba una gran dulzura que gustar...

Entonces habló compasiva, dulcemente. Daniel pudo conseguir de ella lo que no consiguió nadie. Había sido amado de veras. Había obtenido triunfos que no consideró nunca posibles. No sólo el de arrastrarla a su casa para hacer de ella aquel horror de que no quería acordarse. Había un triunfo mayor, más increíble: el de que lo hubiese amado tan de veras y por amarle hubiera renunciado a tantas cosas de su vida y estuviese dispuesta a hacer la locura de

renunciar a tantas otras, acompañándole adonde fuese, aceptando complacida la vida que pudiese darle...

—Estaba, estaba dispuesta a todo esto. Con saber que vos me querías y que eras para mí como si nuestros samores hubiesen tenido el pulso sereno de los amores normales, me hubiera dado por bien pagada. Te hubiera seguido adonde quisieses, haciéndome humilde, haciéndome casi pequeña, a fin de no pesar sobre tu vida, trabajando incluso, si menester era, para ayudarte. Hubiera sido para vos la mujer más buena, la más sencilla. Pero vos no lo quisiste, y aquello pasó.

El se acercó contrito, implorante. Si tan buena había sido, que volviese a serlo, que aceptase sus disculpas, sus protestas; que no le matase así... Un día le dijo que podría luchar con una mujer a quien debiese la mayor desgracia, pero no con un sueño perdido. Pues bien; el sueño perdido acaso lo fuese ella.

—Y tú contigo misma puedes luchar, puedes vencer...

—Pero ya no me interesa. Vos me volviste a la frialdad en que siempre quise defender mi vida. Ahora me cuesta verdadero trabajo acordarme de que te quise...

Hablando así se reclinaba sobre la baranda, dejaba que el manto cayese más y descubriese nuevos encantos de su cuerpo. Daniel la contempló perturbado y tuvo aún otra palabra, otra súplica:

—No te creo. Me has querido mucho, acaso me quieras aún. Lo que pasa es que temes, sin duda. Temes que me acuerde todavía de la otra. Pues te lo juro; no vuelvo a engañarte. Al reanudar nuestras relaciones es para casarnos en seguida...

Estela rompió a reír.

—¿Lo dudas?

—No.

Y queriendo levantar entre ellos un muro infranqueable, clavó en su ropa triste una mirada, y la levantó, llena de desprecio, hacia aquellos ojos implorantes.

—No lo dudo; pero sería horrible para vos que yo accediera ¡Casarte! ¡Casarte conmigo! No íbamos a sostenernos a costa de mi padre, ni yo podría ahora resignarme a aquella locura de vivir como una atorranta.

—Es que...

—¿Qué vos ganarías, como dijiste en cierta ocasión?

Y volvió a reír franca y alegremente ya, con mayor piedad de su ropa y mayor desprecio de su anhelo.

—¡Desgraciado!

No tardó Daniel en consolarse, decidiendo con tumultuoso entusiasmo la vuelta a la patria, a salvar el amor de toda su vida. Ciertamente que no había hecho fortuna; pero una fortuna era realmente aquel grandioso caudal de experiencia. Se había encontrado a sí mismo, como reconoció con frase afectuosa. Sólo le faltaba encontrar el dinero para el viaje. No se preocupó, sin embargo. La misma vehemencia de su

decisión le infundía una confianza honda respecto a los medios de realizarla.

Y, como habían venido a él todas las ideas, le vino aquella también, de repente, volando, cual una mariposa mensajera que, después de deslumbrar un instante, entró en el cerebro a decirle su secreto. Fué con el recuerdo de cierta súplica desesperada de Farfán. «Tú, que tuviste la idea magnífica de la prima sobre los terrenos, busca otra cosa, pues al presente



los terrenos no interesan.» Se equivocaba el impaciente hombre. Nadie estaba loco con ello como antes; pero era injusto decir que no interesaban. Seguramente, por el contrario, adquiriéndose, haciéndose con tal base grandes negocios...

Y la idea brilló entonces, radiante y luminosa. Antes, la mayor desgracia que el comprador admitía era un estancamiento en el precio. Ahora podía pensar muy bien en una baja, en una pérdida. Por lo tanto, si se le aseguraba el dinero que pagó, ¿no daría una prima muy a gusto?

Concibió al momento el propósito de fundar una Compañía que asegurase tal valor; pero la nueva iniciativa ya no fué tan de su agrado. Dificilmente los capitalistas se fiarían de él, y, esto a parte, era una obra lenta, de mucho tiempo, imposible de aceptar para quien tenía aquel deseo ardiente de largarse. Le pesaba cada vez más la ciudad; no la sufría, no la aguantaba. Terminada su dulce historia con la

criolla, todo era rudeza, todo era indiferencia en torno suyo... Al tratar de apoyarse en algo, en algún efecto, en alguna esperanza, dejándose caer abatido, encontraba tan sólo, agresivas y punzantes, aquí las espinas del desamor hacia el extranjero, allá la desconfianza del extranjero hacia el compatriota que no comienza de la misma manera, y siempre la hosquedad como suspendida en la atmósfera al reflejar la preocupación del negocio, única que llenaba el alma de aquellas gentes.

Se consolaba quejándose ante sus compañeros de mesa, tan distintos, con su espíritu elevado y ardiente... Y de pronto el jefe de la vieja hueste tuvo una idea práctica.

—Algún tiempo aquí no hay quien te lo quite, no hay quien te redima de eso; pero la Compañía puede hacerse. Propónselo a un Banco, y ya verás.

Fué a ver al gerente aquel para quien, un día, el doctor Yáñez, le dió una carta, y el gerente, comenzó a escucharle con cierta displicencia, dictando otra carta a la taquígrafa. Pero de pronto clavó en él los cristales de sus lentes, ya interesados.

—Vuelva mañana. Acaso sea asunto, si...

Cuando Daniel volvió, aquel hombre quiso informarse respecto a las condiciones, y al oír que se montaría una oficina, de la cual Daniel se encargase, atajó con espanto visible:

—Nada de eso. Aquí no tenemos costumbre de entregar nuestros negocios a gente extraña a la casa. Vea si quiere vendernos la idea, y hablaremos no siendo mucho el precio.

Daniel, con la faz encendida por el ansia, atragantándose, dijo que él no tenía costumbre de poner precio a sus ideas.

—Póngalo usted. Yo supongo que usted será un hombre de conciencia.

El otro debió aprovecharse de aquel aturdimiento, de aquella ansiedad, de aquel cambiar de color. La cifra que indicó era, sin duda, mezquina; pero Daniel vió con ella toda su ilusión realizada: la vuelta a la patria cómodamente, hasta con ropa buena y grandes baúles, para deslumbrar a sus convecinos; unos meses allá, en la fonda, sin zozobras, mientras emprendiera algo; los gastos de la boda tal vez...

Aceptó. Bajo la complaciente inspección del gerente, firmó unos documentos con mano trémula. Fué a cobrar un cheque que le dieron, y a la noche entró alborotando de un modo terrible en el hotel. ¡Era casi rico!... Tenía, al menos, dinero de sobra para marcharse. Y no había dudas, no podía haberlas. El dinero allí estaba.

Cuando Villasuso oyó cómo lo había conseguido pareció ser él quien así triunfase.

—¡Ya veis! Ya veis si tengo razón para confiar en mis procedimientos de conseguir la fortuna. ¡Una idea, una sola idea, vale en este país todos esos cientos de pesos!...

Dando encargó los trajes, escogió los baúles, adquirió

camisas, un bastón con puño dorado, una botanadura casi de oro, una perla para la corbata. Telegrafió al pueblo anunciando su salida. Y las horas comenzaron a pesarle como nunca. Faltaban aún días, muchos días, y el tiempo no andaba, no pasaban los días aquellos. Los contó, contó los minutos. Procuraba dormir todo lo más que pudiese y un genio burlón lo despertaba bruscamente y ya para volverle a dejar siquiera cerraba los ojos. Convidaba a sus amigos a cenar fuera, procuraba aturdirse, y ni así olvidaba. La noción del instante estaba siempre sobre él, quitándole gusto para la vida, atarazándolo, despedazándolo. Se veía allá, allá por fin, cumplida casi en absoluto la palabra que diera, triunfante y pudiendo realizar todos sus sueños. Llegaría a comienzo del verano y ¡qué verano iba a darse! ¡Qué discusiones en el Casino! ¡Qué paseos a las romerías famosas! ¡Qué excursiones por la ría adelante! ¡Pero cuánto aun faltaba para que el buque saliese! ¡Y luego tres largas y mortales semanas sobre el mar!...

La víspera de la partida llegó al fin. Aquella noche, en el ambiente del *Piornelo*, reinaba una honda tristeza. Se iba Aguiar, se iba Farfán, se deshacía la comunión gloriosa... A última hora Antón quiso impedir el viaje de su convecino.

—¿Por qué te mandás mudar, Daniel? ¿Por qué no esperás otro poco? Yo creo que vos acá harías algo. Estos, no; pero vos, sí. Tenés más condiciones. ¡Quién sabe! ¡Algún día, el día que menos lo esperases, tal vez podrías encontrar la fortuna!

Daniel se enfureció. ¡Algún día! ¿Cuándo? Cuando fuese viejo y no tuviese ya dientes para comer las comidas sabrosas de allá, ni pelos que los dedos de las mozas anillasen, ni vista acaso en los ojos para gozar los encantos de su tierra. No; la fortuna, en aquellos países, si alguna vez se lograba, era necesario pagarla con la juventud, con la vida, y vida y juventud sólo una se tenía. ¡Ni un momento más allí! Le habían de asegurar que dentro de un año era dueño, absolutamente dueño de medio territorio, y no esperaba el año. Y todavía indignado, tembloroso, siguió. ¡Otro año más! ¡Otro año en aquella ciudad sin belleza, sin cordialidad, sin alegría! ¡Otro año muriéndose de ansias y seguro de no encontrar ya nunca un corazón, un solo corazón que supiese comprenderlas! Luego, para desagaviar al dueño de la casa, a quien aquellas desconsideraciones con la ciudad afligían, le aseguró que no daba por perdido el viaje. América le había entregado un tesoro al valorizarlo, al exaltarlo, al hacerle otro y convertirlo, de un vago triste de su tierra, en un hombre de constancia y de trabajo, que iba allá para ser útil a sí mismo y convertirse tal vez en un ejemplo. Todos los españoles debían darse una vuelta por aquellos países americanos, que benditos ellos fuesen. Acaso no hubiera política tan patriótica.

(Continuará)